MONTEVIDEO

Ó UNA

NUEVA TROYA

Escrita en francés

POR

ALEJANDRO DUMAS

(EN 1850)

Versión española

POR ANDRÉS MUÑOZ ANAYA

MONTEVIDEO

Imprenta y Librería del Plata, calle Andes núm. 174.

1893

A LOS

Heroicos Defensores de Montevideo

Alejandro Dumas.

Dos palabras

«MONTEVIDEO Ó UNA NUEVA TROYA—El
« interesante libro que con el título de estas
« lineas publicó en Paris Alejandro Dumas
« el año de 1850, con datos que le fueron fa-
« cilitados por el General Melchor Pacheco y
« Obes, está siendo traducido actualmente
« por un joven compatriota amante de nues-
« tras glorias históricas.
« La traducción debe ser en breve editada
« por su autor, Andrés Muñoz Anaya, hijo
« de uno de los que defendieron á Montevi-
« deo bajo las órdenes de Garibaldi; y es de
« esperar que tenga la acogida que mereció
« siempre la edición original, hoy entera-
« mente agotada.»

«*El Día*» Miércoles, 7 de Diciembre de 1892.

Estimulado por la falta de una obra en nuestra lengua que dé á conocer los detalles universalmente gloriosos de la heróica defensa de Montevideo, he abordado la traducción de la obra escrita en el año 1850 por el eminente escritor francés Alejandro Dumas al respecto, confiando ademas en que los errores, que me sean propios, serán disculpados por la benevolencia de los lectores, en mérito á que no me anima otro propósito que el de difundir entre la juventud de mi patria, en la medida de mis fuerzas, los he-

chos gloriosísimos de aquella lucha épica que admiró al mundo al par que dió á conocer las cualidades nobles y generosos del gran partido colorado.

El Traductor.

MONTEVIDEO Ò UNA NUEVA TROYA

CAPÍTULO I

Lo primero que aparece á la vista del viajero que llega de Europa sobre aquellas naves que los primeros habitantes convertían en casas volantes, y que el marinero en observación domina,—son dos montañas;—la una en que aparece edificada la ciudad, y en la que surge la catedral, la iglesia madre, la matriz, como la llaman;—la otra cubierta de verdura, y en la cual se alza magestuoso un faro, y que denominan el Cerro;—de modo que cuanto mas aproxima el viajero, él aparece detrás de las torres de la catedral, cuyas cúpulas de porcelana, brillan al sol;—á la derecha del faro situado en la cumbre del Cerro, y de donde se domina la inmensa llanura,

se vén innumerables miradores de lindo aspecto, casi corona de las casas blancas y rosadas y cuyos balcones en las horas de la tarde son un punto de reunión;—al pié del Cerro, los vastos y numerosos saladeros,y en la rivera de la bahía las risueñas quintas, orgullo y delicia de los habitantes, que en los días festivos, llegan numerosos, al Miguelete, á la Aguada, al Arroyo Seco. Despues se echa el ancla entre el Cerro y la ciudad dominada por su gigantesca Catedral, cual otra Leviátan entre cantidad de casas, y una lancha de seis remeros, rápidamente, lo lleva á la orilla, donde durante el dia, se vén en las inmediaciones de aquellas encantadoras quintas, grupos de mujeres vestidas de amazonas y de caballeros, y al caer de la tarde y á través de los balcones que esparcen torrentes de luz y de armonía, se oyen las notas del piano, los lamentos del arpa, el compás de las cuadrillas, ó las tristes cadencias de las canciones,—motivos todos para considerar á Montevideo la reina de aquel gran Rio de la Plata que despues de correr aún 80 leguas, desemboca en el Atlántico.

Juan Díaz de Solis descubrió en el 1516 la costa del Rio de la Plata y habiendo el vigía á la vista del Cerro gritado Monte-video, este nombre le cupo á aquella ciudad, de la cual damos breves detalles.

La audacia costó la vida á Solis, quien hacía un año había descubierto el Rio de Janeiro; quiso dejando en la bahía dos naves, aventurarse con la tercera en la embocadura del rio;—engañado por los indios con demostraciones de amistad cayó con varios compañeros en una emboscada, en la orilla de un arroyo, que en memoria de aquella horrible masacre, lleva aún hoy el nombre de Arroyo de Solis. La orda de indios antropófagos, valerosos hijos de la primitiva tribu de los charrúas, dominaba el país, lo mismo que al estremo del Continente los Uriones y los Sioux. Fracasadas las tentativas de los españoles para someterlos, fué necesario fundar á Montevideo y despues de rechazar continuados ataques de día y de noche, gracias á aquella resistencia Montevideo que tiene apenas cien años de vida es una de las mas modernas ciudades del Continente Americano.

Por último, en el ocaso del pasado siglo, apareció un hombre que á aquella tribu, constituida señora de la costa, llevó una guerra de sangre y esterminio.—En los últimos combates unidos las mujeres y sus hijos, en medio á los combatientes, como los antiguos Teutones, cayeron todos sin retroceder un paso. Testimonio de esta suprema derrota el viajero que sigue la traza de la civilización desde que el sol sigue su camino

de Oriente á Occidente, y vé aún hoy al pié del Acegúa blanquear los restos de los últimos charrúas.

El nuevo Mario vencedor de aquellos Teutones noveles, era el comandante de campaña, Jorge Pacheco, padre del general Pacheco y Obes en misión de Montevideo, acerca del Gobierno Francés.

Pero el Comandante de Campaña, estaba destinado á combatir otros gallardos enemigos, ménos fáciles que los indios, como aquellos que tenían no una fé religiosa que disminuía de día en día, sino un material interés que crecía por mil motivos;—estos eran los contrabandistas del Brasil, que de los salvajes destruidos recibían una herencia de venganza.

Entonces imperando el sistema prohibitivo, base del gobierno español, una guerra ostinada entre el Comandante de Campaña y los contrabandistas; pues unas veces por engaños otras por fuerza, tentaron introducir en el territorio de Montevideo, géneros y tabacos,—era de consiguiente necesidad.—La lucha pues fué larga, desesperada, mortal.—Mientras don Jorge Pacheco, hombre de fuerza hercúlea, de figura gigantesca y singular perspicacia, tenía la creencia de que se encontràban, sino destruidos (imposible) á lo ménos alejados de la ciudad,—aquellos

aparecieron nuevamente mas vigorosos, mas diestros, mas compactos, bajo la dirección de una voluntad única, potente, valerosa.

¿Cuál era la causa de aquella obstinación del enemigo?—Los espías mandados con tal objeto por Pacheco, regresaron, con un solo nombre: Artigas!

Era este un jóven de veinte á veinte y cinco años, de corazón, como un viejo español, diestro como un charrúa, despierto como un gaucho;—él tenía de las tres razas, sino la sangre, el espíritu.

La lucha fué entonces singularísima; por una parte la destreza de los contrabandistas, llena de juventud y vigor;—por otra la energía del viejo Pacheco, que tal vez disminuía sinó en fuerza, en voluntad.

Duró la guerra cuatro ó cinco años, en los que Artigas, siempre batido, no vencido, parecía adquiriese nuevo vigor regresando al ataque.

Finalmente el hombre de la ciudad, cedió, y á semejanza de un antiguo romano, que del orgullo hacía sacrificio en el altar de la patria, entregaba sus poderes al gobierno español, proponiendo en su lugar á Artigas, jefe de la campaña, como el único que pudiese contener el contrabando.

La España aceptó; y como un bandido romano hecha la sumisión al Papa, pasea admirando la

ciudad, de que poco antes era el terror, Artigas entró triunfalmente en Montevideo, á seguir la otra de esterminio que dejaba su predecesor.—Esto sucedía en 1782 al 83.—Artigas despues de la edad de 27 ó 28 años, vivió todavía hasta tener próximamente 93, en una pequeña quinta del Presidente del Paraguay.

Este hombre bello, valeroso y fuertísimo, demuestra la época de una de las tres potencias que dominaron en Montevideo.

Don Jorge Pacheco era el tipo de aquel valor caballeresco del viejo mundo, que atravesó los mares, con Colón, Pizarro, Vasco de Gama, etc.

Artigas el hombre de la campaña, representaba el partido nacional, que tiene parte del portugués y parte del español;—aquellos, esto es, los extranjeros á la tierra americana, y que eran portugueses ó españoles, pues apesar de su estadía en la ciudad conservaban las costumbres de sus respectivas naciones.—El tercer tipo, la tercera potencia de la ciudad la constituía el gaucho.

En Francia se dice falsamente, gaucho, al hombre que vive en aquellas vastas llanuras, en aquellas inmensas estensiones, comprendidos entre la orilla del mar y la parte oriental de los Andes.—Fué el capitan inglés Head, el primero que introdujo el error de confundir al gaucho, con el habitante de la campaña, que no admite,

no solamente la semejanza, sino que ni la comparación.

Al gaucho puede llamársele el boemio del nuevo mundo, porque privo de bienes, de casa, de familia, no tiene mas propiedad, que el poncho, el caballo, el cuchillo, el lazo y las boleadoras.— El cuchillo, es su arma, el lazo y las boleadoras, su industria.

Artigas fué saludado con alegría por todos, pues una vez en su puesto de comandante de campaña desaparecieron los contrabandistas. Desempeñaba tal cargo al estallar la revolución de 1810, revolución que trajo la caida del dominio español en el Nuevo Mundo.

El levantamiento empezado en 1810 en Buenos Aires, no cesó, sino en Bolívar, en la batalla de Ayacucho en 1824. Las fuerzas insurrectas mandadas por el general Antonío José de Sucre, ascendían á 5,000 hombres.—Dirigía las tropas españolas en número de 11,000, el general José de Laserna, ùltimo virrey del Perú. Como se vé no se combatía con armas iguales; los patriotas escasos de municiones de fuego y de boca, tenían un solo cañón, contemporizaban y parecían rendirse, pero una vez atacados, vencieron. Primero entró en pelea el general patriota Alejos Córdoba, ¡adelante! gritó á sus mil quinientos soldados, alzando su sombrero, en la punta de la

espada. Preguntado, si al paso ordinario, ó al paso de carga, debía atacarse al enemigo, al paso de la victoria respondió. Al concluir el día el ejército español, era prisionero de aquellos, que tenía á su discreción por la mañana.

La simpatía de Artigas por la revolución, lo habían puesto á la cabeza del movimiento en la campaña. Iba entonces á resignar en Pacheco su cargo, como este lo había hecho primero con él, cuando una sorpresa hecha al viejo general en su alojamiento de *Casa Blanca,* en el Uruguay, por un grupo de soldados españoles, lo hizo desistir. Conservó su puerto, y derrotándolos en poco tiempo en toda la campaña, de la que se había constituido señor, los redujo únicamente á la ciudad de Montevideo, que por ser despues de San Juan de Ulloa, la ciudad mas fortificada de América, podía oponer, alguna resistencia á las impetuosas fuerzas enemigas. Así es que protegidos por un cuerpo de 4,000 hombres, se congregaron en la ciudad todos los partidarios de España. A esta plaza puso sitio Artigas, sostenido por sus aliados de Buenos Aires. Pero, una armada portuguesa vino en ayuda de los españoles, é hizo levantar el asedio de Montevideo. En el 1812 el general Rondeau por Buenos Aires y Artigas por Montevideo, uniendo sus respectivas fuerzas, volvieron á la empresa, y des-

pues de un nuevo sitio que duró 23 meses, la capital de la futura República Oriental, vino por capitulación á poder de los sitiadores á las órdenes del general en Gefe Alvear.

Porque Artigas no tuviese ya el mando supremo, es fácil de comprenderse. Despues de veinte meses de sitio y tres años transcurridos en medio á los hombres de Buenos Aires y de Montevideo, la disparidad de usos y costumbres, dire casi de sangre, lo que al principio habían sido simples causas de discusión, gradualmente, habían tomado el aspecto de un ódio inveterado. Fué entónces que Artigas se retiró como Aquiles en su propia tienda, ó mejor dicho, llevándosela con él, buscó un asilo en aquellas inmensas llanuras, bien conocidas por el jóven contrabandista.

Por tal motivo Alvear, cuando la capitulación de Montevideo, era general en jefe de los porteños. De tal manera son denominados en el país los hombres de Buenos Aires, mientras que al opuesto llámanse orientales, á los de Montevideo. Esto es lo que los distingue. El hombre de Buenos Aires hacen ya mas de 300 años que habita aquel país, olvidó despues de un siglo, las tradiciones de la madre patria, la España; y teniendo sus intereses radicados en la tierra que habita y en la que trabaja, él es hoy mas americano, que lo que lo eran los mismos indios des-

truidos por él. Por el contrario el hombre de Montevideo, que ocupa solamente desde hace un siglo el país, no ha podido olvidarse que él es español; al sentimiento de la nueva nacionalidad, une la tradición de la vieja Europa, lo que influye á que sus tendencias sean de civilización; mientras que el hombre de la campaña de Buenos Aires, vuelve gradualmente á la barbarie. Orígen de estas variadas tendencias es tal vez el mismo país.

La población de Buenos Aires diseminada en campiñas inmensas, teniendo por alojamiento, mal construidas cabañas, lèjos unas de otras, en un país tristísimo, escaso de agua y de maderas, contrae por la soledad en que vive por las distancias y por las privaciones un carácter triste, insociable, casi bárbaro. Tiene instrutos como el de los indios salvajes, que habitan las fronteras del país, de quienes reciben plumas de avestruz, mantas para los caballos y maderas para lanzas, objetos todos de un país, en donde la civilización europea no ha penetrado, y por los que dán en cambio, aguardiente y tabaco, que los indios despues llevan á aquellas inmensas llanuras de las Pampas, de donde han tomado el nombre, ó á la que tal vez han dado el de suyo.

La población de Montevideo, ocupa en cambio

un bellísimo país, cruzado por arroyos, intercalados por valles. Si no tiene las inmensas florestas de la América del Norte, puede sin embargo en sus amenísimos valles, reposar á la sombra del *quebracho* de la corteza de fierro, del *Ubaje* de los frutos del oro, del *Sauce* de las ricas ramas. Las casas, las quintas, las chacras, à poca distancia unas de otras, proporcionan á los habitantes, cómodos alojamientos y sanísimos alimentos; por lo tanto su carácter franco y hospitalario, es reflejo de la civilización europea que el mar le lleva en alas del viento. Tipo ideal de la perfección para el gaucho de Buenos Aires, es el indio á caballo; para aquellos de la campaña de Montevideo, es el hombre de Europa. El primero se reputa el mas elegante de América; fácil á la ira y á la calma vence en fantasía á su rival; y en efecto Varela y Lafinur, Dominguez y Màrmol poetas porteños nacieron en Buenos Aires.

El segundo en cambio es mas calmo y mas firme en sus proyectos, en sus resoluciones; si el gaucho cree superarlo en elegancia, él se considera primero en coraje. Entre sus astros poéticos brillan los nombres de Hidalgo, de Berro, de Figueroa, de Juan Cárlos Gómez.

No es maravilla, si tambien las mujeres de Buenos Aires pretenden, ser las mas bellas entre todas las de la América Meridional, desde el

estrecho de Lemaire al rio de las Amazonas. Son las primeras entre éstas las señoras Agustina Rosas, Pepa Lavalle y Martina Linche. Pero si la mujer de Montevideo, no es tan encantadora, la pureza de sus formas, sus manos, sus pequeñísimos piés, las dirían hijas de Sevilla ó Granada; tiene en suma, aquel no sé qué de agradable, que vence á la perfección. Montevideo encierra con orgullo á María Stewart, Nazareas Rücker y Clementina Batlle, tipos de sangre escozesa, alemana y catalana, respectivamente. Había pues en los dos paises, rivalidad de coraje y de elegancia, entre los hombres; de belleza y de gracia entre las damas; rivalidad de ingenio en los poetas, verdaderos ermanfróditas sociales, porque irritables, como hombres caprichosos al par que las mujeres y apesar de estos ingenios algunas veces como niños.

Por todos estos antecedentes, entre Artigas y Alvear, entre los hombres de Montevideo y Buenos Aires, era consiguiente, no solo una separación, no solo un ódio, sino tambien una guerra; y para hacerla el antiguo jefe de los contrabandistas, supo atraerse todos los elementos opuestos, preocupándose poco de los medios, con el único fin de arrojar del país á los porteños.

Poniéndose entónces al frente de los bohemios de América (los gauchos) y con todos los recur-

sos, con que contaba el país, declaró la guerra, que llamó santa, — y á la que no pudieron oponerse, ni el ejército de Buenos Aires, ni el partido español, aunque bien veían que el regreso de Artigas á Montevideo, equivalía á la sustitución de la fuerza bruta, por la inteligencia.—Hombres poco antes errantes, bárbaros, desordenados, y entónces reunidos en un cuerpo de ejército, bajo las órdenes del general Artigas, proclamado dictador, señalaron una época, que recuerdo los derramamientos de sangre del 93.—En Montevideo sucedió entónces, el imperio de los hombres de piés desnudos, de los anchos calzoncillos, del chiripá escocés, del pesado poncho, y del sombrero caido sobre la oreja y sujeto por el barbijo.

Escenas inauditas, singulares, á veces terribles, entristecieron á la ciudad, imponiendo á las primeras clases de la sociedad la mas absoluta impotencia. Artigas fué entónces sin tanta ferocidad, y con mas coraje, lo que es Rosas actualmente.

Su dictadura, aún cuando fuese una calamidad, fué sin embargo, brillante y nacional, —pues lo demuestra las varias victorias obtenidas sobre los de Buenos Aires, que él venció en todos los encuentros, y la resistencia obstinada que apuró á los portugueses en 1815, cuando invadieron, el

país, con el pretesto de la desordenada conducta de Artigas, y con el pretendido objeto, de salvar los pueblos vecinos del peligro del contagio.

Las clases inteligentes, deseosas de poner un término, á la anarquía,—hacía votos, porque sustituyese la dominación portuguesa, á un poder que se dejaba llevar hácia la licencia y á la brutal tiranía de la fuerza material.—Contra este doble enemigo, Artigas defendió el terreno, por el espacio aún de cuatro años.—Vencido al fin, despues de cuatro batallas en campo abierto, ó mejor dicho siendo batido separadamente, se retiró á Entre Rios, á la parte opuesta del Uruguay, donde aunque fugitivo, conservaba la influencia de su nombre, cuando Ramírez su lugar teniente, con una parte de sus parciales, se le impuso, y le quitó toda esperanza de recobrar su imperio, obligándolo á salir del país, en el que como nuevo Anteo, parecía adquirir nuevo vigor, en las inmediaciones de su tierra.—Entónces Artigas desapareció, á semejanza de la turbonada que despuso de haber sembrado la ruina y la desolación á su paso, se calma y evapora,—y se retiró al Paraguay, donde hacen dos años, lo vió un amigo nuestro á la edad de 93 á 94 años, en el pleno ejercicio de casi todas sus fuerzas y de sus facultades intelectuales.

Despues de su caida la dominación portuguesa

echó firmes raices, hasta el 1825, época en que Montevideo y todas las posesiones portuguesas en América pasaron á ser propiedad del Brasil. Ocupada entónces Montevideo por una fuerza de 8,000 hombres, parecía fuese ya, definitivamente propiedad del Emperador,—cuando un Oriental (así llamamos nosotros á los hombres de Montevideo) que emigrado residía en Buenos Aires,—en unión de 32 compañeros, como él, proscritos, juraba libertar la patria ó morir; y haciéndose á la mar en dos pequeñísimas lanchas, este grupo de audaces, pisaba tierra, en el Arenal Grande. El jefe don Juan Antonio Lavalleja, ya de acuerdo, con secretas inteligencias con un propietario del país, solicitaba caballos, según lo convenido, pero aquel, en vez de cumplir la palabra empeñada, contestaba: «está todo descubierto, los caballos tomados, único camino de salvación para Lavalleja y compañeros, hacerse nuevamente á la mar y regresar á Buenos Aires.» Pero ellos firmes en sus nobles propósitos y no queriendo retroceder, tomaron posesión en nombre de la libertad, del territorio de la patria, el 19 de Abril. Al siguiente día, la pequeña hueste, solicitó de varios propietarios, caballos, y una vez obtenidos, marcharon hácia la capital, teniendo á poco andar un encuentro con 200 hombres, 40 de los cuales eran brasileros y los restantes orientales.

Lavalleja intentando evitar el choque, se adelantó y solicitó una entrevista del comandante Julian Laguna, su antiguo hermano de armas.

¿Qué quieres y á qué vienes? le preguntó éste.

A libertar á Montevideo del extranjero, respondió Lavalleja;—si obtas por mi propósito, agrégate, y sinó ríndete ó prepárate á la lucha.

Rendir las armas, nunca he sabido, ni espero que nadie me lo enseñe.

Entónces ataca con los tuyos, y veremos cual es la causa de Dios.

Así lo haré, respondió Laguna, y poniendo al galope su caballo, se unió á los suyos.

Pero desplegando Lavalleja el distintivo nacional, los ciento sesenta orientales, se le adhirieron, haciendo á los brasileros prisioneros.

Desde ese momento la marcha hácia Montevideo, fué un no interrumpido triunfo y la República Oriental, proclamada unánimemente por todos un pueblo entusiasmado, tuvo nombre entre todas las demás naciones.

Mientras tanto, elevávase ya la fama, del que mas tarde debía ser el terror de la Confederación Argentina. Poco tiempo despues de la revolución de 1810, un jóven de aspecto tétrico de los 15 á los 16 años, dejaba la ciudad de Buenos Aires y se internaba en la campaña, aquel jóven era Juan Manuel Rosas, y porqué, todavía niño huía del

techo paterno, es triste decirlo; aquel que debía un día esgrimir las armas, contra la patria, había dejado caer sus manos sobre la autora de sus días, y por esto la maldición paterna, lo arrojaba de la casa que lo había visto niño.

Tal acontecimiento, no tuvo éco, en medio del desenvolvimiento de mas vitales intereses.

Entónces, mientras la juventud corría á las armas á alistarse bajo las banderas de los que combatían por la independencia, él perdido en las inmensas floretas, entregábase á la vida del gaucho, adoptando sus vestidos y sus costumbres, resultando en suma uno de los mas diestros domadores de caballos y mas práctico en el manejo del lazo y de las boleadoras, tanto, que al verlo se le hubiese tomado por un hombre de la campaña, por un verdadero gaucho de orígen.

Rosas se acomodó primero, en calidad, de peón en una estancia, fuė despues capataz, y mas tarde mayordomo, administrando en este último puesto las propiedades rurales de la pudiente familia de Anchorena, siendo este el principio de sus grandes riquezas. Teniendo nosotros el propósito de demostrar el carácter de Rosas, en todas sus partes, véamos cuales eran las disposiciones de su espíritu, al aproximarse el desarrollo de tantos acontecimientos.

Se encontraba él en Buenos Aires, cuando los

prodigios de la revolución contra la España; en aquel tiempo el hombre de corazón, se hacía célebre en los campos de batalla, el hombre de génio, buscaba la gloria en la administración de la cosa pública. Ávido de fama, veía Rosas, cerrados todos los caminos, para llegar á ella, como aquellos que no tienen valor en las batallas, ni la ciencia del gobierno. Los gloriosos nombres de Rivadavia, de Pasos, de Agüero, como ministros; de San Martin, de Balcarce, de Rodriguez, de Las Heras, como guerreros; lo indignaban en el horror de su soledad, y alimentaba en su corazón un inmenso ódio para aquella ciudad, que para todos tenía un triunfo, pero no para él.

Desde esta época, Rosas soñaba y trataba de preparar el porvenir. Errante en las Pampas, confundido entre los gauchos, compartía la miseria del pobre, ora alimentando las antipatías del hombre de la campaña, contra el hombre de la ciudad, ora contando con el número, los inducía á lanzarse sobre la capital, en la primera oportunidad, ya que ella por tanto tiempo, los había dominado obtenido así el imperio sobre los habitantes de las llanuras, dejó Rosas, la soledad de su compañía.

Insubordinadas en 1820, las tropas de Buenos Aires, contra el gobernador Rodriguez, un regi-

miento de milicias de la campaña «Colorados de las Conchas», entró en la ciudad el 5 de Octubre, á las órdenes de un coronel, Rosas, quien teniendo al siguiente día un conflicto con los de la ciudad, desapareció; un violento dolor de muelas, que cesó con la lucha, lo alejaba, contra su voluntad de la pelea. La entrada de Rosas á Buenos Aires, puede decirse, su única empresa guerrera.

Vencidos los rebeldes de la ciudad, Rivadavia, nombrado Ministro del Interior, tomaba las riendas del poder. Este hombre hijo de la revolución, con una erudición extraordinaria, fruto de sus largos viajes por Europa, alimentaba en su alma un artiente y puro patriotismo. Intentando llevar á América, los frutos de la civilización europea, le fallaron los medios de aplicación, que el pueblo reació y aún niño, se resistía à adoptar; quiso ser en suma en América, lo que Pedro I en Rusia, pero privado de iguales elementos, desistió, si bien pudo seguir disimulando; pero en cambio hirió á los hombres en sus hábitos, pues estos casi siempre constituyen el espíritu de nacionalidad. Despreció las costumbres americanas, protestó del uso de la chaqueta y del chiripá del hombre de campaña, haciendo comprender al mismo tiempo, sus simpatías por las costumbres europeas, influyendo

esto, á que poco á poco, perdiese su popularidad y el poder.

Apesar de todo esto, muchas fueron las instituciones, con que dotó al país; su gobierno fué de los mas prósperos de Buenos Aires. Fundó la Universidad y varios liceos. Llamó á sábios y artistas de Europa, tomando entónces verdadero incremento, las artes y las ciencias; por él en fin Buenos Aires fué llamado en la tierra de Colón, la Aténas de la América del Sud.

Declarada la guerra del Brasil en 1826, Buenos Aires socorría á la nación, con toda clase de sacrificios. Desquiciadas las finanzas, desordenada la administración, debilitado el gobierno, nacieron las dificultades. Crecían en tanto con tan varios y encontrados intereses, distintas opiniones entre los habitantes de la campaña y de la ciudad. Levantada en armas Buenos Aires, la campaña en masa asaltóla, siendo Rosas su jefe y centro del poder. Electo él en 1830 gobernador, apesar de la oposición de la ciudad, intentó reconciliarse, repudiando las salvajes costumbres de los gauchos, como la serpiente de su piel; pero Buenos Aires resistió, porque la civilización se niega á perdonar á un traidor, que ha vivido entre la barbarie. Se resignó sin embargo, á que él se mostrase en traje militar, pero se preguntaban, en qué campo de batalla había

ganado sus grados, si hablaba públicamente, no se esplicaban, donde había aprendido semejante estilo, si asistía á una tertulia, las mujeres señalándole con el dedo, lo llamaban el «gaucho enmascarado», y hasta llegaron á ridiculizarlo en hirientes epigramas, en lo que los porteños gozan alta fama. Esta lucha mortal de su orgullo, duró los tres años de su gobierno y cuando cesó lo hizo, con el ódio en el alma, y la hiel en el corazón, convencido de que entre él y la ciudad había un abismo. Entregóse, nuevamente á sus fieles gauchos, y á sus estancias, de las cuales era el señor, pero con el firme propósito de regresar, cuando fuese dictador á Buenos Aires, como Scila á Roma, con la espada en una mano y la luz en la otra. Con tal objeto solicitó del gobierno el mando de una fuerza, para atacar con ella á los indios. El gobierno que lo temía y deseando alejarlo, accedió á su pedido, dándole el mando de todas las tropas de que disponía, sin pensar que propendría á su ruina, aumentando las fuerzas de Rosas. Este una vez jefe del ejército, promovió una revolución en Buenos Aires, quien impotente y vencida, lo llamó al poder, del que se hizo cargo, como dictador absoluto, esto es: con toda la suma del poder público.

Fué su primera víctima el gobernador general

Juan Ramón Balcarce, hombre distinguido de la guerra de la Independencia, y distinguido tambien entre los jefes del partido federal, del que Rosas se decía el sostén. Noble de corazón y de una fè ardientísima en los destinos de la patria, creía puras las intenciones de Rosas, por lo que lo acompañaba, con sus simpatías; pero apesar de esto, murió proscrito y cuando su cadáver, volvió á la patria, la familia no pudo, por prohibición de Rosas, rendirle, no solamente las honras públicas de un gobernador, sino que ni siquiera, las estremas manifestaciones debidas al ciudadano.

El verdadero poder de Rosas, tuvo principio en 1833. Los instintos crueles, que le proporcionaron mas tarde, una celebridad de sangre, no mostráronse completamente en los primeros tiempos de su gobierno, si se prescinde del fusilamiento del mayor Montero y de los prisioneros de San Nicolás.

No es posible sin embargo, pasar por alto, algunas muertes misteriosas é inesperadas, que la historia registra en letras de sangre, en el libro de las naciones. Efectivamente desaparecieron, entre otros, dos jefes de campaña, de quienes Rosas temía, y en aquellos días, morían tambien Arbolito y Molina, tal vez de igual modo que morían los dos Cónsules que acompañaban á Octavio en la batalla de Azio.

Ahora nos es necesario hacer mas íntimo conocimiento con Rosas, ya dictador, pues hasta aquí apénas ha tocado los dinteles del poder, de que no se desprenderá jamás.

En el 1833 Rosas tiene treinta y cinco años, es de aspecto europeo, de crespos cabellos, cútis blanco, ojos azules, y usa únicamente patilla, afeitada á la altura de la boca; dulce mirada, que no es posible juzgar, pues la fija generalmente en tierra, aún hablando con amigos, que considera siempre enemigos; dulce la voz, é insinuante la palabra; de ánimo altanero y ferozmente astuto, inclinado preferentemente, á la burla, ántes de tener que pensar en cosas mas sérias.

Como se verá por los dos ejemplos siguientes, sus bromas eran brutales, como su carácter, que unía la astucia á la ferocidad.

Una tarde habiendo invitado á un amigo á comer, escondió todo el vino, destinado para la comida, dejando únicamente sobre la mesa, una botella de aquel Leroy, á cuya fama no le falta, sino haber nacido en tiempo de Moliére; el amigo habiendo probado el licor y encontrándolo bastante bueno, concluyó la botella mientras comía, en tanto que Rosas no tomó sino agua; horas despues el amigo se encontraba sériamente indispuesto, de lo que Rosas se rió mucho, y

si aquel se hubiera muerto, habría Rosas reido muchísimo mas.

Era su pasatiempo, cuando lo visitaba en la campaña algún pueblero, obligarlo á montar un caballo de los mas potros, y su alegría era mayor, cuanto mayor era el golpe recibido por el caballero.

En el gobierno despues, entre los mas difíciles asuntos, eran sus consejeros los charlatanes y bufones.

Durante el asedio de Buenos Aires en 1829, tenía cuatro de estos infelices, á quien llamaba monjes, y de los que por su privada autoridad, se decía prior, y à quienes designaba por los nombres de *fray Biguá, fray Chajá, fray Lechuza* y *fray Biscacha.* Gustaba Rosas inmensamente de los dulces de los que tenía en cantidad en su tienda, y á los que eran tambien muy afectos, sus falsos frailes, por lo que contínuamente se notaban desapariciones; Rosas entónces llamaba en confesión á sus hermanos de órden, quienes sabiendo el premio, que á la mentira esperaba, confesaban la sustracción, por lo que era el reo despojado de sus ropas, y castigado con vari varazos, propinados por sus compañeros.

A Rosas, un día de fiesta se le ocurrió
con su mulato Eusebio, (que en Buenos
todos conocen), lo que madama Dubarry,

en Lucienne, con su negro Zamore, y Eusebio, en lugar de su señor y con las ropas de gobernador, recibía los homenajes de las autoridades. Fué víctima otra vez el mismo Eusebio de una broma terrible, como solo á Rosas se le podía ocurrir; llamándolo, lo acusó de ser jefe de una conspiración, con el objeto de asesinarlo, y apesar de las protestas del mulato fué arrestado y enjuiciado; los jueces á quienes bastaba la acusación de Rosas, sin tomarse el trabajo de establecer la verdadera culpabilidad, condenaron á Eusebio á la última pena; preparándose éste, se confesó y fué conducido al lugar del suplicio, medio muerto de terror, y donde ya lo esperaba, el verdugo y sus satélites. En aquellos momentos y como por encanto, aparece Rosas y dice al desgraciado, que lo indultaba, porque su hija Manuelita, locamente enamorada, lo deseaba por esposo.

Manuelita actualmente tiene de 28 á 30 años, y si no puede llamarse una beldad, puede decirse, sin embargo, que es una interesante persona, de figura distinguida y de tacto profundo.

Como hija de Rosas ha sido calumniada, suponiéndola heredera de los feroces instintos del padre, olvidada del amor filial, como aquellas hijas de los emperadores romanos, por un cariño mas tierno, y menos cristiano; nada mas falso;

Manuelita ha permanecido soltera por varias razones: Rosas muchas veces siente la necesidad de ser amado, y sabe, que lo único sincero con que puede contar, es con el cariño de su hija; por otra parte, ningún miembro pudiente de la sociedad de Buenos Aires pretendió ingresar en la familia del dictador; en fin es digno de notarse tambien, que Rosas, en sus sueños de predominio, vé el porvenir de Manuelita, lleno de pretendientes á su mano, mas aristocráticos, que lo que es posible pretender en estos momentos. Manuelita no es cruel, pues al contrario, según opinión de muchos, es un freno al carácter irrascible del padre. Niña aùn, satisfacía sus deseos, por medio estrañísimo. Despojando casi de todas sus ropas al mulato Eusebio, ordenaba, le pusieran la montura y las riendas, como á un caballo, y ajustando despues á sus pequeñísimos piés, las espuelas del gaucho, lo montaba, y esta amazona estraña, sobre aquel bucéfalo humano, se presentaba á Rosas, quien siendo de la ocurrencia de la jóven, le acordaba la gracia solicitada. En la actualidad, que tal medio no produce el antiguo efecto, mima y abraza á su padre, de quien ha estudiado el corazón, conociendo por esto, sus mas recónditos sentimientos, consiguiendo así que acceda á sus pedidos; por lo que nosotros osaremos aquí casi aseverar,

que si es cierta la intimidad criminal que les suponen, es no solo escusable á los ojos de Dios, sino que tambien, podremos considerarla, hasta cierto punto, como una virtud.

Manuelita es la reina y al mismo tiempo la esclava del hogar doméstico; ella gobierna la casa, rodea á su padre de solícitos cuidados, y es la encargada de todas las relaciones diplomáticas, por lo que puede decirse el verdadero Ministro de Relaciones Exteriores; y en efecto por su tertulia, debe el Agente extranjero hacer su diplomática entrada acerca de Rosas. En sociedad Manuela, se muestra entusiasta del padre, y sin hacerse sospechosa, se ajusta á las instrucciones del dictador; con las gracias de la juventud, con la poca importancia política, que suele darse, á lo que dice una boca sonriente, y con sus lindos ojos, seduce al extranjero de tal manera, de lo que difícilmente puede él apercibirse.

En fin al par que Rosas es un ser excepcional, alejado de la sociedad, Manuelita es una extraña criatura, que impenetrable para todos, pasa su vida, solitaria léjos del amor de los hombres, y de las simpatías de las mujeres. ¡Infeliz! solo ella sabe lo que sufre, y cuantas lágrimas derrama, cuando postrada ante Dios, le dá cuenta entera de todas sus desventuras.

Rosas tiene además un hijo de nombre Juan, y que no tiene ninguna influencia en el sistema político del padre. Es un jóven de vulgar aspecto, menor uno ó dos años que Manuelita, primado de nombre, puede decirse que no tendrà otro que aquel que se obtiene por amores triviales y corrompidas costumbres.

CAPITULO II

Llegado al máximun del poder, Rosas resuelve la destrucción de la Federación. López autor de ésta, enfermo, viene por invitación del dictador á Buenos Aires, donde muere envenenado. Quiroga jefe de la Federación, ileso milagrosamente en veinte sangrientos combates, y cuyo coraje y suerte, son proverbiales, muere asesinado. Cullen, sostén de la Federación, Gobernador de Santa Fé, por una revolución suscitada por Rosas, cae en las manos del Gobernador de Santiago y muere fusilado. Cuanto había de mas notable en el partido federal, corre la misma suerte, en mayor cantidad aún, que en Italia, cuando el dominio de los Borjias; y poco á poco

Rosas adoptando las mismas prácticas que Alejandro VI y su hijo César, concluye por dominar la República Argentina, la cual, si bien reducida á la mas perfecta unidad, continúa con el nombre engañoso de Federación.

Ahora es necesario dar algunos detalles de los personajes que acabamos de nombrar, evocando un instante sus acusadores fantasmas, tanto mas, habiendo en todos estos hombres, una tal cual primitiva rusticidad, que merece tratarse especialmente. Y para comenzar por el general López, una sola anécdota, nos dará idea no tan solamente de él, sino tambien de los hombres, con que alternaba. Gobernaba en Santa Fé y tenía en Entre Rios un enemigo personal, el coronel Obando, quien despues de una revuelta, le fuè traido prisionero, en momento de encontrarse en la mesa; lo recibió muy finamente y lo invitó á acompañarlo, estableciéndose entre ámbos una cordialidad, como entre dos invitados, en los cuales, la igualdad de fortuna y gerarquía, ordena la mas perfecta gentileza; sinó que á poco conversar López interrumpiéndose, —coronel, dijo, ¿si yo hubiere caido en vuestro poder, como vos en el mío, y esto hubiese sucedido á la hora de comer, qué hubiéseis hecho?—Yo os habría invitado á sentaros á mi mesa.—Sí, ¿pero despues de la comida?—Os habría hecho fusilar.

—Estoy satisfecho, de que tal idea, haya venido á vuestra imaginación, porque precisamente es la mía, vos sereis fusilado, en levantándonos de la mesa. —¿Debo levantarme ahora ó proseguir comiendo?—¡oh! continuad coronel, no hay tanta urgencia.

Prosiguieron pues, tomaron el café y los licores, y dijo Obando: creo que ha llegado el momento. Os doy las gracias respondió López, por no haber esperado, á que yo os lo recordase, y llamando á un soldado, ¿la compañía está formada? preguntó. Sí, mi general, respondió aquel. Entónces dirigiéndose á Obando, adios coronel, le dijo. Adios respondió, no es larga la vida, en guerras como las nuestras, y saludando, desapareció. Cinco minutos despues, una descarga, á la puerta de López, le anunciaba que el coronel Obando, no existía ya.

En cuanto á Quiroga, él era un hombre de la campaña, lo mismo que Rosas. Al principio sargento en el ejèrcito español, se retiraba despues á la Rioja, su país natal. Hecho por internas discordias, señor del país, apénas ejerció la suma del poder, se entregó ampliamente á la lucha, entre las distintas fracciones de la República, debido á lo cual, empezó, á resonar su nombre en la América entera.

En el espacio de un año, llegó à ser la espada

mas importante del partido federal, nadie pudo á la par de él obtener mas felices sucesos con su solo valor personal, tanto que puede decirse, que realmente el prestigio de su nombre, supliere á un ejército. Cuando aglomerados en el calor de la pelea, los mayores peligros á su alrededor, oíase su potente grito de guerra, y cuando empuñaba su arma predilecta, la larga lanza, ponía en fuga á sus mas valerosos enemigos.

Quiroga, mas que cruel, era feroz, pero de una ferocidad, magnánima, generosa, de una ferocidad, no de tigre, pero sí de león.

Efectivamente el coronel Pringles, su declarado enemigo, es hecho prisionero y mas tarde asesinado. El matador á las órdenes de Quiroga, con la esperanza de un premio, se apresura á narrarle á su jefe, el delito, y es fusilado.

Otra vez, sus soldados, que conservaban memoria de lo acaecido, le presentaron dos oficiales enemigos, hechos prisioneros. Invitados á desertar sus propias banderas, uno rehusó y el otro aceptó.

Bueno, dice á este último, Quiroga, á caballo vamos á ver fusilar á vuestro compañero; él obedeció y por el camino embromaba con Quiroga, de quien ya se creía, ayudante de campo; mientras que en medio à los soldados, el pobre condenado, iba tranquilamente á la muerte.

Llegados al sitio elegido, Quiroga obligó al oficial que se negó á la traición, á ponerse de rodillas, y una vez obedecido, dice al oficial que ya se tenía por muerto: levantaos sois un valiente, tomad el caballo del señor y partid, — y con la mano señalaba el caballo del renegado. — ¿Y yo? preguntaba este.

Tú ya no tienes profesión, porque estás próximo á morir; y nada influyeron sus ruegos y lo del compañero, pues momentos despues era cadáver.

La gloria de batir á Quiroga estaba reservada al general Paz, al Fabio americano, hombre por virtud é integridad, justísimo.

Dos veces destruyó las fuerzas á Quiroga, en la Tablada y Ocantivo, pero hecho prisionero por la caida del caballo, á cien pasos de su gente, Quiroga oponiendo á la táctica y estrategia, de estas entónces nacientes Repúblicas, un indómito coraje y una voluntad de fierro, fué invencible.

Concluida la guerra entre federales y unitarios, quiso Quiroga, visitar las provincias del interior; y al regreso atacado en Barraca Yaco por un grupo de treinta asesinos, una bala que atravesó el carruaje, donde se encontraba, lo hirió en el pecho; pero apesar de estar herido mortalmente, pálido y derramando abundante sangre, pudo

levantarse y abrir la portezuela. A la vista del héroe, en pié y casi cadàver, los asesinos huyeron, pero Santos Perez, jefe de éstos, poniéndosele delante á Quiroga, que le abrazaba las rodillas, y le miraba á la cara, la últimó, mientras los demás asesinos, regresaban á cerciorarse del hecho. Fueron los hermanos Reynafé, que gobernaban en Córdoba, de acuerdo con Rosas, quienes ordenaron este asesinato, pero éste rehusó toda participación, despues de consumado, y para aparecer como verdadero inocente, hizo arrestar, condenar y fusilar á sus cómplices, los hermanos Reynafé.

Pasemos á Cullen. Español de orígen, residente en Santa Fé, donde ligado á López por una íntima amistad, fué su ministro y su consejero.

La influencia que adquirió en la República Argentina de 1820 á 1833, época de su muerte, lo hizo hombre de alta importancia.

Las espléndidas atenciones, que dispensó á Rosas, cuando proscripto, en los días de las desgracias, se refugió en Santa Fé, no sirvieron para borrar de la mente del futuro dictador, que que Cullen pretendía traer nuevamente á la República Argentina, al imperio de la ley; supo sin embargo, protestando eterna amistad, ocultar sus crueles proyectos. Llamado Cullen despues de la muerte de López, al gobierno de Santa Fé,

se entregó con todo empeño, à mejorar la Provincia, y léjos de declararse enemigo del bloqueo francés, demostraba sus simpatías por la Francia, como considerándola palanca de la civilización, que tanto anhelaba.

Rosas entónces con el apoyo y concurso de las tropas, le suscitó una revolución, en la que vencido Cullen, fué obligado à refugiarse cerca de Ibarra, su amigo y gobernador de la Provincia de Santiago del Estero. Declarado Cullen salvaje unitario, se iniciaron por parte de Rosas, para que le fuera entregado, negociaciones, pero por mucho tiempo, sin ningùn resultado. Cullen por su parte permanecía tranquilo atenido al juramento de Ibarra, cuando inesperadamente sus soldados, lo prendieron, y se lo remitieron á Rosas, quien esperando la llegada, ordenaba fuere fusilado á mitad del camino, porque (escribía al nuevo gobernador de Santa Fé) «su mas acabado proceso, son sus numerosos delitos.»

Cullen tenía gentiles maneras y corazón nobles. La influencia que ejerció sobre López fué siempre inclinada al perdón, y es suya la gloria, si el general López, á pesar de los pedidos de Rosas, no condenó al último suplicio, á alguno de los prisioneros, hechos en la campaña de 1831, que puso bajo sus manos á los jefes mas importantes del partido unitario. De frívola ins-

trucción, de mediocre talento, tenía sin embargo el aspecto de un hombre eminentemente civilizado.

Por tales medios desaparecidos, los héroes del partido federal. Rosas pobre de toda gloria militar, concluyó por ser el único hombre importante de la Repûblica Argentina, y el absoluto señor de Buenos Aires, una vez en sus manos el poder, comenzaron las venganzas, contra las clases elevadas, que no tuvieron para él mas que desprecio. Gozaba mostrarse entre los hombres mas aristocráticos y elegantes, abandonadamente vestido, y de chaqueta. A los bailes presididos, por su mujer y su hija, y á los cuales no intervenían mas que carreteros, carniceros, y la mas vil gentuza, se le veía iniciar la fiesta bailando con una esclava, mientras que la hija lo hacía con un gaucho. Ni aquí se detuvo su ôdio contra la noble ciudad.

Proclamado el principio: *quien no está conmigo, está en contra mia,* era seguro, que quien no le fuese simpático, era calificado de *salvaje unitario,* lo que bastaba á que desapareciese todo derecho á la libertad, á la propiedad, á la vida, á el honor. A secundar practicamente estas teorías, tuvo vida bajo los auspicios de Rosas, la famosa sociedad de la Mazhorca, (nombre que suena á *Todavía-Horca),* compuesta de

hombres de los mas abyectos, ladrones y asesinos.

A ésta estaban afiliados, por disposición superior, el jefe de policía, los jueces de paz, todos, en fin, los encargados del órden público, de tal manera, que cuando un ciudadano, amenazado en su casa, de saqueo ó muerte, por los miembros, de la sociedad, solicitaba el amparo de las autoridades, eran inútiles todos los reclamos, pues ninguna se preocupaba de impedir tales violencias; y aún cuando fuesen consumadas, en pleno día, ó en absoluta noche, era una fatalidad, que había que soportar resignadamente. Prueba al caso: en aquellos días, era moda entre los elegantes de Buenos Aires, usar la barba cerrada, pero con el pretesto, de que tenía la apariencia de una U, y parecía decir unitario, la mazhorca, arrestando á aquellos infelices y préviamente munida de poco cortantes cuchillos, procedía á desprenderles las barbas, las que caían adherida á pedazos de carne, abandonando en seguida las víctimas, á la hez mas degradada del pueblo, que alegre espectadora, prolongaba el sanguinario espectáculo, hasta ultimarla. Usaban en aquella época, las mujeres del pueblo, atarse el cabello, una cinta punzó, en forma de moño; un día la sociedad congregada en la puerta de la iglesia mayor, esperaba á las mujeres que se

presentaban sin aquel distintivo, y se lo aplicaban brutalmente, adhiriéndoselo, con alquitran hirviendo. El uso de un vestido, un pañuelo, una cinta, de color azul ó verde, considerábase tal delito, que la que lo llevaba, era despojada de todas sus ropas, y castigada en la vía pública. Ni el ingenio, ni la fama, ni la fortuna, eran suficiente escudo, para salvar, de vejámenes á la sociedad de Buenos Aires, un simple indicio, una delación, etc., era causa suficiente, para hacer á cualquiera, acreedor, à toda clase de atropellos. Mientras los hombres mas distinguidos, de la alta clase, blancos de la venganza de Rosas, caían víctimas de prepotentes violencias, eran á centenares, conducidos á las cárceles, todos los otros ciudadanos, que no tuviesen opiniones en armonía, con aquellos del dictador ó combatiesen las miras de su futura política. Ignorada de todos y hasta de Rosas, que lo ordenaba, la causa del arresto, era sin embargo declarado inútil el enjuiciamiento; así los numerosos y no interrumpidos fusilamientos, iban dejando local, para alojar nuevos prisioneros. Las tinieblas protegían al delito, y la ciudad despertaba horrorizada, al oir las detonaciones nocturnas, que la devastaba. Al siguiente día los carros de la policía, recogían tranquilamente, los cuerpos de los asesinados por las calles, y los de los fusila-

dos, en las cárceles, para ser arrastrados todos aquellos cadáveres anónimos, á un osario común, negándoles á sus deudos, hasta el cumplimiento, de los últimos y supremos deberes. Estas escenas de sangre, tenían lugar, entre el saqueo y las carcajadas atroces de los carreteros, quienes separando las cabezas de los troncos y colocándolas en cestas, las ofrecían al pueblo (que cerrando las casas huía horrorizado), gritando al uso de los vendedores de fruta: ¡aquí ván los ricos duraznos! —¿quién compra duraznos unitarios?

Vino en aquella época nefasta, aparejado el interés á la barbarie, la confiscación á la muerte: desde entónces, sobre la ruina de los antiguos propietarios de Buenos Aires, se alzaron las rápidas y deshonestas riquezas de los actuales partidarios de Rosas. Llegó éste á un colmo de ferocidad tal que superó en mucho á la fértil imaginación de Nerón y de Domiciano; las leyes se escarnecieron y podemos garantir que casi todas las familias, tienen en Buenos Aires cuando ménos un deudo á quien llorar.

Pero verdaderos avances, se cometían, con los extranjeros, y principalmente, con los franceses, contra los cuales Rosas, hacía toda clase de infamias, por lo que la reconocida paciencia de Luis Felipe, llegó á sus límites, y originó, el establecimiento del primer bloqueo francés.

Sumamente perseguidas, las altas clases de la sociedad, resolvieron emigrar de Buenos Aires, volviendo sus miradas al Estado Oriental, á donde casi toda la proscripta ciudad, fué á buscar un refugio; debido á lo que la policía de Rosas, desplegó todo su rigor, castigando, con la pena de muerte, la inmigración; y apercibida de que apesar, de tan bárbara pena, no conseguían contenerla, se resolvió, aparejar al último suplicio, los tormentos mas atroces. Pero apesar de todo, el ódio y el terror inspirado por Rosas, era mas fuerte, que el temor que inspiraban sus castigos, causa, por lo que la emigración, en vez de disminuir, crecía por días.

Para la fuga de una entera familia, era suficiente un lanchón, donde se embarcaba, en el mayor desórden, y à la desesperada, padre, madre, hijos, hermanos y hermanas, abandonando cada uno sus recursos, se dirigían al Estado Oriental, y á donde arrivaban teniendo por ùnica riqueza, los vestidos que llevaban puestos. ¡Nadie, tuvo que arrepentirse, de haber esperado hospitalidad del noble pueblo Oriental! —pues ésta fué grande y generosa, digna de una antigua República, y como la que el pueblo argentino debía esperar, de amigos, ó mejor dicho de hermanos, que tantas veces habían combatido bajo las mismas banderas, contra los ingleses,

los españoles y los brasileros, enemigos comunes y extranjeros, aunque mucho ménos crueles que el tirano de quien huían, aunque hijo de su misma tierra.

Los argentinos llegaban en cantidad, y apénas pisaban tierra, eran generosamente atendidos, por los habitantes, como mejor podían, según sus medios de fortuna, y la amplitud de sus habitaciones; de nada entónces carecían los infelices, pero para no ser demasiado gravosos, á sus nobles protectores, y para poder socorrer à su vez á los nuevos emigrados, se entregaban inmediatamente al trabajo; á tal punto, que los hombres mas habituados á comodidades, se doblegaban á las mas humildes profesiones, dándoles ellos mas lustre, cuanto mas alto era el rango social á que pertenecían; de tal manera, que los nombres mas célebres de la República Argentina brillaron en la emigración; en primera línea, Lavalle, la valerosa espada de su ejército; Florencio Varela, su mayor ingenio; Agüero, uno de los primeros hombres de estado; Echeverría, el Lamartine del Plata; Vega, el Bayardo de los soldados de los Andes; Gutierrez, el felíz cantor de las glorias nacionales; Alsina, el gran abogado, y el ilustre ciudadano. Entre los mas pudientes propietarios: Saenz Valiente, Molino Torres, Ramos Mejía. Y tambien Rodriguez, el

viejo general de las luchas de la Independencia, y del ejército unitario, y Olazábal, uno entre los héroes de aquel ejército de los Andes, del que Vega, como decimos, era el Bayardo.

Objeto de la crueldad de Rosas, era tanto el unitario, como el federal, y todo lo que podía ser un obstáculo para su dictadura. Y actualmente débese á la hospitalidad dispensada á sus enemigos, el ódio inmenso que Rosas nutre por el Estado Oriental.

En la época á que nos referimos, era cabeza de la República, el general Fructuoso Rivera, hombre de la campaña, lo mismo que Rosas y Quiroga, difiriendo del primero, por sus tendencias á la civilización.

Como hombre de guerra, y como jefe de partido, no tiene quien se le asemeje, en valor y en generosidad. Desde hacen 30 años que toma parte, en todas las conmociones políticas de su país, ha sido siempre el primero en correr á las armas, cuando ha habido necesidad de combatir al extranjero.

Cuando la revolución contra la España, él se desprendió de toda su fortuna, siendo para Rivera, el dar, irresistible necesidad, pues mas que generoso, él es pródigo.

Y en recompensa Dios, lo ha acompañado en su carrera. Gentil caballero, (en el sentido de la

palabra española, que comprende al soldado y al hidalgo), de trigueño color, de alta figura, de mirada aguda, de corteses maneras, seduce á sus oyentes, con una contracción agradable del rostro, que le es peculiar; por tales cualidades, fué el hombre mas popular del Estado Oriental; pero, sin embargo, es necesario decirlo, no hubo, quien peor que él administrase las finanzas de un pueblo.

Como la propia, despilfarró la fortuna del país, no para sí propio, pero sí, porque hombre público, conservaba el modo de ser, del hombre privado. Pero en la época á que nos referimos, no había aún aparecido tal desarreglo financiero. Rivera, en los principios de su presidencia, se circundó de los hombres notables del país. Obes, Herrera, Vázquez, Álvarez, Ellauri, Luis Eduardo Perez, lo acompañaban en el gobierno de la cosa pública, y con estos, no podía aquel bello país, sino seguir por la senda del progreso, de la libertad y del incremento. Obes, uno de los mayores amigos de Rivera, tenía un carácter antiguo; su patriotismo, su talento y su profunda instrucción, lo hacía distinguir entre los grandes americanos. Murió proscripto, víctima entre los primeros, del sistema de Rosas, en el Estado Oriental.

Luis Eduardo Perez, el Arístides del Estado

Oriental, republicano severo, ardiente patriota, consagró su larga vida á la virtud, á la libertad, y á la patria.

Vázquez, hombre de talento y de sólida instrucción, hizo sus primeras armas en el asedio de Montevideo contra la España, y concluyó sus días en el sitio actual, habiendo siempre merecido bien de la patria.

Herrera, Alvarez y Ellauri, pertenecen como valerosos guerreros, no solamente al Estado Oriental, sino tambien á la entera causa americana, y sus nombres serán por siempre sacros á la tierra de Colón que desde el Cabo de Hornos, se estiende hasta Estrecho de Barrow. Ahora bien, un gobierno formado por hombres de tan gloriosos antecedentes, tenía que estar forzosamente acompañado por la simpatía nacional, cuando le llegó la hora de combatir á visera levantada, el sistema nefasto de Rosas. Así, mientras el pueblo socorría còmpasivo á tantos infelices, el gobierno escogía entre los mas valientes de aquéllos, y ocupaba á los guerreros argentinos, declarados traidores por Rosas, honorándolos de todas maneras con atenciones y respeto; á lo que ayudaba potentemente la prensa, que libre en el Estado Oriental, sacaba á luz los delitos de Rosas, señalándolos á la execración universal.

Fácilmente se comprende, porque los deseos de venganza de Rosas, se fijaron en la persona de Rivera, el primero entre sus enemigos como tambien sobre el país que él gobernaba; pero fuerte en alimenmentarla, era sin embargo, impotente para ponerla en práctica. Se limitó entónces á una guerra sorda, favoreciendo de todas maneras la revolución de 1832, contra Rivera, y fracasada ésta, no se dió todavía por vencido. La presidencia de Rivera concluía en 1834, sucedíale el general Manuel Oribe, por la influencia del mismo Rivera que veía en aquél un amigo, al propio tiempo que un continuador de su sistema, y á quien había hecho poco àntes general y Ministro de la Guerra.

Oribe pertenece á una distinguida familia del país, por cuya defensa combatió como héroe, despues de 1811; es de poco espíritu y corta inteligencia, y la prueba mas acabada de tal aserto, està en la alianza de Rosas, que él abrazó con tanto entusiasmo, alianza que trajo la ruina de aquella independencia, por la que tantas veces luchó. Como militar, es de ninguna capacidad, sus violentas pasiones lo hacen cruel, mientras que como privado es hombre de bien; como administrador fué mejor que Rivera; pero sobre èl pesa la rüina del Estado Oriental, olvi-

dando que para ser jefe de partido, no es suficiente quererlo; desdeñó unirse á la causa nacional que tenía por jefe á Rivera y queriendo obrar por su cuenta, infundió desconfianza y sospechas, por lo que se vió obligado á echarse en los brazos de Rosas. El país se apercibió de la guerra que el gobierno de Oribe hacía á la emigración argentina, y como fuerte era el ódio que le inspiraba el sistema de Rosas, se unió á Rivera, cuando él en 1836 se puso al frente de una revolución contra Oribe. Este sin embargo sostenido por el ejército que le permaneció fiel y por la ayuda de Rosas, pudo hasta el 1838, contener el peligro que lo amenazaba por todos lados. Es necesario, en este punto, rectificar un error muy generalizado; se cree comunmente, que á la influencia de los franceses débase la caida de Oribe, mientras que es lo cierto, que tuvo únicamente por enemigos á los orientales. Su poder fué destruido en la batalla del Palmar, donde entre sus adversarios no se contaba un solo extranjero, en tanto que él caía en medio á ellos; y es terminante prueba, haberse encontrado despues de la capitulación de Paysandú, un entero batallón argentino en aquella ciudad; y son extranjeros los argentinos actualmente en el Estado Oriental, lo mismo que los hombres de Chile ó de la Inglaterra. Oribe renunció el poder ofi-

cialmente delante á las cámaras, pidiéndoles á las mismas, el permiso para abandonar el país. Esto consumado, Rosas lo induce á protestar contra tal renuncia y cosa inaudita en América, él lo reconoció por jefe del gobierno de un país, á ámbos prohibido. Se rió mucho en Montevideo de esta locura del dictador, en tanto que se preparaba á cambiar la risa por el llanto; y fué consecuencia natural la guerra entre las dos naciones que dura desde el año 1838. Hecho cargo nuevamente del poder Rivera, apoyó con todos sus elementos el bloqueo francés, y obtuvo socorros de hombres y de dinero para combatir al enemigo comùn.

En tales dificultades habría Rosas fácilmente inclinado el ánimo á las exigencias europeas, cuando la llegada del almirante Mackau en 1840, dió lugar al tratado que lleva su nombre, por lo que se entonó la potencia de Rosas, que ya tendía á desaparecer, quedándole por único adversario la República Oriental. Así se combatió diversamente hasta 1842, cuando al ejército oriental le tocó la derrota del Arroyo Grande. En el mismo espacio de tiempo, una gran parte de la República Argentina, fiada en el poder de la Francia, érase levantada en armas en contra de Rosas, en guerra heroica y nacional. Pero esta lucha desigual había aumentado el número de

los patriotas argentinos, mártires de la crueldad del dictador. Mientras tanto, una vez perdida la batalla del Arroyo Grande, el ejército de Rosas fuerte de 14,000 hombres, se lanzó sobre el Estado Oriental. A este torrente, servía únicamente de obstáculo 600 soldados, á las órdenes del general Medina, y 1,200 reclutas al mando del general Pacheco y Obes, (entónces coronel), quienes reuniéndose bajo el fuego de las avanzadas enemigas, eligieron por general en jefe á Rivera, á quien se le agregaron 4 ó 5 mil voluntarios, apercibidos del peligro; y entónces se vió milagro extraordinario, 6,000 hombres, desordenados y casi inermes, disputarles palmo á palmo el terreno al ejército de Rosas; obligados á marchar, por caminos incendiados por el enemigo, estos heroicos defensores de la patria, recogieron á su paso á todas las horrorizadas familias, y despues de inmensos peligros, iniciaron la retirada á Montevideo, donde buscó un asilo, casi toda la población de la campaña.

El 1.° de Febrero de 1843, el ejército oriental, ordenado en las afueras de Montevideo, divisó al enemigo; pero léjos de refugiarse en la ciudad (á quien recomendó las indefensas familias), solicitó armas y municiones,[1] y se lanzó á la campaña, para desde allí proveer á la guerra, diciendo

ántes de partir, á los ciudadanos: «Defendeos y contad con nosotros!»

CAPÍTULO III

Wright, el autor del «*Asedio de Montevideo*» exponiendo la situación, en la cual se encontró la República Oriental, despues de la batalla del Arroyo Grande, concluye la lúgubre narración con las siguientes tristes palabras:

«El sol de Diciembre, al sumergir sus rayos en el Océano nos dejó:

Derrotados en el exterior,
Sin ejército,
Sin soldados tampoco en el interior,
Sin materiales de guerra,
Sin dinero,
Sin rentas,
Sin crédito.»

Y este cuadro no era exagerado. El general

Rivera, entónces Presidente de la República, y nosotros haciendo un juicio imparcial de él, como de todos los personajes que hemos tratado de describir, juicio que pertenecerá á la posteridad, (porque en los juicios políticos y literarios, la distancia equivale al tiempo, y hace el presente imparcial, como el porvenir), nosotros hemos dicho ya à que desgraciado estado condujo las finanzas del país. Respecto al ejército, resentíase de las falsas ideas que tenía sobre la guerra el general Rivera, de las cuales daremos el orígen. Rivera había hecho sus primeras armas, bajo las órdenes de Artigas, el cual no era un general, sino un jefe de partido; sus batallas consistían en sorpresas y golpes de mano. Discípulo de tal maestro Rivera, comprendía la guerra de igual manera, apesar de que las cuestiones y los hombres habían cambiado de aspecto. Algunos oficiales, patriotas é inteligentes, intentaron hacer cambiar de táctica á Rivera, creyendo que su manera de combatir, fuese un sistema y nó una práctica, pero por mucho ascendiente que tuviesen sobre él, debieron contentarse con introducir con gran trabajo, pocas y aisladas mejoras, que no sirvieron sino para poner mas de manifiesto, lo deficiente del sistema del general. El ejército, por lo tanto, siguió como su jefe lo quería: indisciplinado, sin órden, sin unidad,

verdadera tropa de aventureros como lo era en tiempo de Artigas, de la que faltaba únicamente aquel. Componíase de dos pequeños batallones de infantería, formados enteramente de negros, y de muy poca caballería que abandonaba las filas, aún en los campamentos militares, y no corría á agruparse alrededor de las banderas, sino en los días de peligro. Había un considerable material de artillería lijera, pero el personal de esta arma, se conducía como el de la caballería; el servicio del estado mayor, como aquel del ejército, podía decirse nulo, habiendo tambien mezclados á comandantes superiores, hombres á quienes les sería difícil dirigir una maniobra. Las diversas divisiones del ejército, confiadas á comandantes generales tenían una organización militar deficiente; en vano hubiese sido buscar en todo el territorio de la República, un arsenal de guerra; y como nadie se había imaginado que el país pudiese sufrir una derrota, cuando sobrevino, la consideraron irreparable. Montevideo por otra parte desde hacía tiempo, no reunía condiciones de defensa, sus muros, habían sido derribados el año 1833; y el gobierno que allí residía, era compuesto de hombres débiles, capaces de cumplir sus deberes, en circunstancias ordinarias, pero incapaces de fuertes resoluciones en casos críticos. La situación de

Montevideo era terrible. A la nueva de la pérdida de la batalla del Arroyo Grande, la población quedó aterrada y todos los patriotas inclinaron la cabeza, mientras que los amigos de Oribe, esto es: los partidarios del extranjero, abrieron el ánimo á la esperanza, y conspiraron abiertamente por Rosas y por la ruina de la República Oriental.

Pero algunos hombres de patriotismo y de acción, que se encontraban en Montevideo, indujeron al gobierno á tomar enérgicas medidas para la defensa de la ciudad, y fué por esto que se creó un batallón de reserva, en el que deberían servir los hombres de 14 á los 50 años, jefe del cual se nombró al general Paz, y se decretó la libertad de los esclavos para hacerlos tambien soldados. Pero todas estas medidas tenían el sello de la debilidad, por lo que eran despojadas de toda autoridad, lo que hizo que el gobierno se viese mal obedecido y nada respetado. Del confín de la campaña, se alzó el primer y verdadero grito de guerra contra los invasores, y aquél partió del comandante general del departamento de Mercedes, del coronel Pacheco y Obes.

Inmediatamente, que el desastre del Arroyo Grande, fué conocido por el coronel Pacheco y Obes, no siguiendo mas que los impulsos de

su patriotismo, tomó incontinente las medidas mas enérgicas para organizar una fuerza militar; y aún ántes que el gobierno, él por su autoridad individual, proclamó la libertad de los esclavos, resolviendo con un simple rasgo de pluma, esta gran cuestión que se debate desde hace un siglo en Europa, y ante la cual se detiene hacen ya 60 años el gobierno de los Estados Unidos. El distrito de Mercedes, comprendía tres pequeñas ciudades, de dos á tres mil habitantes cada una. Pacheco, hecha una leva en masa, formó regimientos de ciudadanos, los armó, los disciplinó, creó fábricas de armas, y sin otros recursos, que aquellos que consiguió del patriotismo del país, veinte días despues de la batalla del Arroyo Grande, se lanzaba á su vez al campo, con 1,200 hombres armados y equipados, que tuvieron el honor de cambiar con los soldados de Rosas, los primeros tiros, que fueron disparados por la santa defensa del país; sus entusiastas y resueltas proclamas, su fé en el triunfo de la causa nacional, realzaron el entusiasmo abatido, y así como era claro que un hombre que procedía de tal modo debía esperar, todos participaron de sus esperanzas. Hé aquí pues, como se expresa el *Diario Oficial* de Montevideo del 31 de Diciembre del 1842, hablando de la conducta del coronel Pacheco y Obes.

«Sabemos, que ofendemos la modestia del valeroso jefe del distrito de Mercedes, ¿pero cómo callar, si cada día que transcurre, muéstrase á nuestros ojos con nuevas pruebas de su actividad, de su noble conciencia, de su alta capacidad? El coronel Pacheco y Obes nos demuestra, que en las grandes circunstancias tenemos hombres de acción, de consejo y de gobierno, aptos á salvar la patria.»

Así pensaban de él todos los patriotas del Estado Oriental. Todos ansiaban un cambio de gobierno, y la opinión pública llamaba á tomar parte del poder al coronel Pacheco y Obes.

El general Rivera cedió á los deseos del país, y ántes de partir para el ejército, nombró un nuevo ministerio, de quien hacía parte Pacheco y Obes por la Guerra y Marina, Santiago Vázquez por Relaciones Exteriores, y Francisco Joaquin Muñoz por Hacienda. El 3 de Febrero de 1843 el nuevo ministerio entró á funcionar, el que fué llamado Ministerio Pacheco y Obes, y al que débese por las prontas medidas de los primeros días de su existencia, la increible defensa de Montevideo. Este ministerio funcionaba bajo la dirección del Presidente del Senado que ejercía la Presidencia de la República en ausencia del general Rivera. Este funcionario era don Joaquin Suarez, uno de los mas ricos propieta-

rios del Estado Oriental, y el hombre mas honorable de este pueblo, á quien ha consagrado toda su vida. Actualmente ocupa la presidencia efectiva, pues ha sucedido á Rivera, cuyo período legal espiró el 1.° de Marzo de 1843.

El 16 de Febrero del mismo año, el ejército enemigo mandado por Oribe, se presentaba delante de Montevideo en la creencia de que podía entrar, sin disparar un tiro, ó cuando mas tomarla con un golpe de mano. Pero en el tiempo transcurrido, desde su instalación, el nuevo gobierno había hecho de Montevideo una plaza de guerra, capaz de contener á los vencedores del Arroyo Grande.

Todos los hombres aptos para cargar las armas habían sido enrolados, y ninguna consideración, era suficiente para alejarlos del cumplimiento de sus deberes. Ninguna excepción fué admitida. El Ministro de la Guerra dictaba los decretos, y se encargaba él mismo de hacerlos cumplir, y todos sabían, que nada influía para detener su voluntad de fierro. Fué en el entonces, que se reorganizaron los batallones de la guardia nacional, y se eligieron por comandantes de estas masas improvisadas á aquellos hombres, hasta entónces agenos á la guerra, y cuyos nombres son: Lorenzo Batlle, Francisco Tajes, José María Muñoz, José Solsona, Juan

Andrés Gelly y Obes y Francisco Muñoz. Todos eran negociantes ó abogados al principio del asedio. Todos son hoy coroneles y jamás las nobles insignias de este grado, han sido llevadas mas noblemente. Francisco Muñoz, ha muerto. Todos los otros casi por milagro viven todavía, porque en todos los días de este largo asedio han sido vistos en medio al peligro, provocar la muerte que los respeta. Los cuerpos de línea, al mando de los cuales figuran tambien hombres nuevos, fueron reorganizados y puestos á las órdenes de Marcelino Sosa, el Héctor de esta Nueva Troya, de César Díaz, de Manuel Pacheco y Obes y de Juan Antonio Lezica. Y todos estos nombres que citamos, son ya históricos, y serían nombres inmortales si tuviesen por cantor un nuevo Homero.

Sosa ha muerto, y nosotros relataremos su heroica muerte y algunas de sus hazañas que convirtiéndolo en el terror del ejército enemigo, le conquistaron la admiración de la ciudad sitiada. Presentemente, es el coronel César Díaz, quien manda las tropas; hombre de gran talento, tiene la reputación de que todos están contéstes, de que es el mejor táctico de infantería, que se encuentra entre las dos fuerzas. El coronel Batlle, actual Ministro de la Guerra y de Hacienda, tiene próximamente treinta años;

la naturaleza se le ha mostrado mas que pródiga, pues lo ha hecho bello, valeroso, inteligente, en fin, es uno de aquellos hombres destinados á resplandecer en la futura historia de América; fué él quien en 1846, con un grupo de valientes, sorprendió las fuerzas que sitiaban á la Colonia, y las obligó á levantar el asedio.

Es de admirar el valor desplegado por estas noveles fuerzas á las que coadyugaban con todas sus fuerzas, y su sangre, los argentinos refugiados en Montevideo, formados en legión por la defensa del país, que les había dado hospitalidad.

Fueron así mismo elegidos muchos jefes extranjeros, que de tal modo representaban las ideas de libertad y de progreso, no del todo apagadas en el mundo, pero que apesar de eso, no habían encontrado aùn una nación, donde echar profundas y duraderas raices. Entre esos jefes, que merecerán siempre en recompensa á sus sacrificios, la gratitud del pueblo entero, se destaca José Garibaldi.

José Garibaldi, proscrito de la Italia, porque había combatido por la libertad, proscrito de la Francia, donde había pretendido luchar por la misma causa, proscrito de Rio Grande, por haber contribuido á la fundación de aquella Repùblica, vino por fin á ofrecer su espada á Mon-

tevideo. Nosotros trataremos de hacer conocer á nuestros contemporáneos, física y moralmente á este hombre potente y valeroso, que jamás nadie á podido atacar, sino con la calumnia.

Garibaldi es un hombre de 40 años, de mediana estatura bastante proporcionada, de largos cabellos rubios, ojos celestes, frente griega, en una palabra, puede decirse, un tipo de verdadera belleza, usa la barba larga, y su vestido se distingue por la ausencia de toda insignia militar.

Sus movimientos son precisos, su voz armónica se asemeja á un canto. En su estado normal, parece mas bien hombre de cálculo, que de inspiración; pero si oye hablar de la independencia de Italia, entónces él se conmueve como un volcán que arroja llamas y despide lava. Jamás fué visto llevar armas sino en la pelea, y cuando ésta llega, desnudando la espada que primero le viene á las manos, arroja la vaina y se lanza contra el enemigo.

En el 1842 fué nombrado comandante de la flotilla, sosteniendo poco despues en el Paraná, un combate desesperado contra fuerzas tres veces superiores á las suyas, pero viendo la imposibilidad de resistir, hizo naufragar, no diremos sus naves, pero sí sus lanchas, aplicándoles fuego; y retirándose al frente de sus hombres al territorio de la Repùblica, presentóse entre

los primeros, para la defensa de Montevideo.

El Ministro de la Guerra, Pacheco y Obes, adivinó la importancia del proscrito, y á estos dos hombres les bastó verse, para comprenderse, y unirse por una estrecha y sincera amistad, bastante rara por cierto en la época actual.

Montevideo, sitiada por la parte de tierra, es tambien bloqueada por la flotilla de Rosas. El Ministro de la Guerra, pretende entónces organizar por mar una resistencia igual á aquella que él ya había improvisado por tierra, y apesar de que la República no dispusiese, que de pequeñísimos buques, ayudado sin embargo por Garibaldi, él consiguió la realización de sus deseos. Antes de dos meses, cuatro insignificantes lanchones con la bandera oriental, se hacían á la mar y combatían la fuerza marítima de Rosas, mandada por Brown.

Estos cuatro buques debían tener los nombres de *Suárez, Muñóz, Vázquez* y *Pacheco y Obes;* pero este último cambió el nombre del suyo por el de *Libertad.* Los dos mas importantes de estos que eran *Suárez* y *Libertad* tenían cada uno dos cañones, y los otros dos, es decir, el *Muñoz* y el *Vazquez,* no tenían mas que uno.

Y entónces se vió el singular espectàculo de una lucha en la cual 60 marineros, 4 lanchas y

6 piezas de cañón, llevaban el ataque á 4 grandes buques con 100 piezas de grueso calibre y á 1,000 hombres de equipaje.

Garibaldi era el comandante y su voz bien conocida del enemigo, se alzaba en la pelea, ordenando la muerte, superando en mucho á sus mismos cañones.

A quien tuviese deseos de conocer que recompensas recibía Garibaldi en premio de su vida espuesta todos los días, este hombre que los diarios franceses, han llamado un aventurero, y que estamos satisfechos de haber encontrado en Roma, porque él dió con su heroica defensa, el mayor ridículo, á aquella expedición, nosotros lo diremos.

En 1843, don Francisco Agell, respetable negociante de Montevideo, se dirigía al coronel Pacheco y Obes, para darle cuenta, que en la casa de Garibaldi, en la casa del jefe de la Legión Italiana, del comandante de la flota nacional, del hombre siempre pronto á derramar su propia sangre por defender á Montevideo, no se encendía de noche luz, porque en la ración del soldado (única cosa con que contaba Garibaldi para vivir con su familia), no estaban comprendidas las velas. El Ministro de la Guerra, en vista de esto, mandó por intermedio de su edecan José María Torres, 100 patacones á Garibaldi,

quien tomó únicamente la mitad de la suma, restituyendo la otra, para que le fuese entregada á una viuda, que él indicó, y que según su parecer, tenía mayores necesidades.

¡Cincuenta patacones hé ahí la única suma que Garibaldi ha recibido de la República, en el curso de tres años, que la defiende!

Correspondiéndole, otra vez, como parte de botín la suma de mil patacones, el Ministro de Hacienda, lo invitaba á retirar dicha cantidad, recibiendo á su carta de invitación, una respuesta tal, como negativa; que creyó oportuno, comunicársela á su colega, el Ministro de la Guerra, quien como amigo de Garibaldi, se encargó de llamarlo y convencerlo; presentándose éste (con su sombrero blanco estropeado, y los botines á pedazos) á informarse de lo que quería el Ministro, pero apénas supo de lo que se trataba, poco faltó para que se encolerizase muy sériamente con su amigo, é insistiendo éste, apesar de todo, para que tomase al ménos aquella suma para la Legión Italiana, Garibaldi respondió: «*La Legión no piensa diversamente que yó, conservad eso para los pobres de la ciudad.*» Él conocía á fondo á los generosos proscritos que tenía bajo sus órdenes, porque en el mismo año, el general Rivera, donándole varias leguas de campo y algunos millares de animales vacu-

nos, le enviaba por intermedio del coronel don Augusto Pozolo, los títulos de propiedad, y consultando Garibaldi con los ojos á toda su Legión, al frente de la cual estaba, los rompió diciendo: «*La Legión Italiana, dá su vida á Montevideo, pero no la cambia por tierras y ganados, ella dá su sangre en cambio de hospitalidad y porque Montevideo combate por su libertad.*»

En 1844 una horrible tempestad azotaba la rada de Montevideo; se encontraba en el puerto una goleta, á bordo de la cual estaban varias familias, entre ellas la del señor Carril, que se dirigía á Rio Grande; la goleta, peligraba, pues había perdido varias anclas, no quedándole mas que una. Enterado del peligro Garibaldi, se lanza al mar, en una lancha, con sus marineros, y llevando consigo otra ancla, la goleta es salva.

El 8 de Febrero de 1846 el general Garibaldi, al frente de 200 italianos, es sorprendido por 1,200 hombres de Rosas, mandados por el general Servando Gómez, de los cuales 400 de infantería. ¿Qué hace Garibaldi? Tal vez lo que hubiese hecho el mas valeroso en tal emergencia, buscar un punto aparente para parapetarse y defenderse. Nada de esto hizo. Garibaldi y sus 200 legionarios atacaron á los 1,200 soldados de Rosas, y despues de cinco horas de combate

desesperado, la infantería destruida, la caballería desmoralizada se retira de la lucha, y Garibaldi y los suyos quedan dueño del campo de batalla.

Siempre el primero en las batallas, Garibaldi lo era igualmente para endulzar los males que trae aparejada la guerra; y si alguna vez comparecía en el despacho del Ministro, era para pedir el perdón de un conspirador, ó socorros para cualquier infelíz; y efectivamente, á los empeños de Garibaldi, don Miguel Molina y Haedo, condenado por las leyes de la República, en 1844, debió la vida. En Gualeguaychú, hace prisionero al coronel Villagra, uno de los mas feroces jefes de Rosas, y lo pone en libertad conjuntamente con sus compañeros. En Itapeby pone en fuga al coronel Lavalleja, la familia del cual queda en su poder; Garibaldi forma á esta familia una escolta de prisioneros, y los envía al coronel Lavalleja, con una carta toda cortesía y generosidad.

Nosotros lo repetimos todavía una vez, en todo el tiempo que Garibaldi estuvo en Montevideo, vivió con su familia en la mas estrema miseria. Él jamás tuvo ropa distinta á la de los soldados, y muchas veces sus amigos se valieron de estratagemas para obligarlo á usar un traje nuevo.

Escribid á Montevideo, señores publicistas, que habeis tratado à Garibaldi de aventurero,

escribid á los hombres del gobierno, escribid á los comerciantes, escribid á las personas del pueblo, y os apercibireis que jamás un hombre fué mas universalmente estimado y considerado que Garibaldi, en aquella República de que vosotros republicanos predicais el abandono. Pero es cierto, que el gobierno que ha abandonado la causa de la Alemania por el rey Guillermo, el Austria y la Italia por el emperador Francisco, Nápoles y la Sicilia por el rey Fernando, este mismo gobierno, puede muy bien predicar el abandono de Montevideo, y la alianza con Rosas; pero, poned en parangón un instante á Garibaldi, el hombre que esos escritores calumnian, en confronto con Rosas que ellos elevan y juzgad.

Y ahora que hemos hablado detenidamente del primero, es necesario decir lo que hacía al mismo tiempo el segundo. Nosotros leemos, las mismas comunicaciones dirigidas á Rcsas, por sus oficiales y agentes, y no olvidamos que las tablas de sangre, publicadas en la América del Sud, registran diez mil asesinatos.

El general don Mariano Acha que servía en el ejército enemigo de Rosas, defendía San Juan, pero el 22 de Agosto de 1841 es obligado á rendirse despues de 48 horas de resistencia; don José Santos Ramirez, oficial de Rosas, trasmitiendo al gobernador de San Juan el parte oficial

de aquel acontecimiento, empleaba esta textual frase: «*Todo está en nuestro poder, pero con el perdón y la garantia para todos los prisioneros, entre ellos se encuentra un hijo de Lamadrid.*» Publicistas del *Eliseo,* tomad el núm. 3067 del *Diario de la Tarde* de Buenos Aires, correspondiente al 22 de Octubre de 1841, y á comparación del parte oficial de Josè Santos Ramirez, que declara el perdón y la garantía de la vida á todos los prisioneros, vosotros, podreis escribir al reverso este párrafo:

Desaguadero, 22 de Setiembre de 1841.

« El supuesto salvaje unitario Mariano Acha, ha sido degollado ayer, y su cabeza espuesta á las miradas del público.»

Firmado: *Ángel Pacheco.*»

Este Ángel Facheco, es un primo del general Pacheco y Obes, pero que sigue, como se vé, un camino bien diferente de aquèl. Vosotros habeis leido en el parte de Santos Ramirez tambien la frase: «*entre ellos*» (esto es, entre los prisioneros) «*se encuentra un hijo de Lamadrid,*» y bien, abrid la *Gaceta Mercantil* núm. 5703, del 21 Abril 1842, y encontrareis esta carta

escrita á don Juan Manuel Rosas, por Nazario Benavides:

«Mira-flores en marcha, 7 Julio 1842.

«En mis despachos precedentes os he dicho los motivos, por los cuales retenía al salvaje Ciriaco Lamadrid (hijo del belludo); pero sabiendo que este último, se había dirigido á varios jefes de la provincia, incitándolos á la rebelión, *yo he hecho á mi llegada á la Rioja, degollar al primero, como así mismo al salvaje unitario Manuel Julian Frias*, santiagueño.

Nazario Benavidez.»

El general don Manuel Oribe, el que los órganos de Rosas, llaman el *ilustre*, el *virtuoso*, ha mandado por algún tiempo el ejército de Rosas, encargado de someter las provincias argentinas. Una de sus divisiones deshizo el 15 de Abril 1842 sobre el territorio de Santa Fé, las fuerzas comandadas por el general don Apóstol Martinez. Leed el boletín, del hecho de armas, publicado en Mendoza, por que contiene una letra firmada por el *ilustre* y *virtuoso* Oribe;

dirigida al general Aldao gobernador de la provincia:

"Del Cuartel General en las Barrancas de Coronda,"

17 Abril 1842.

«.....treinta y tantos muertos y varios prisioneros, entre los cuales el supuesto general salvaje Juan Apóstol Martinez, *al cual le ha sido cortada la cabeza,* ha sido el resultado de este hecho glorioso para nuestras armas federales. Yo me congratulo de este glorioso suceso y me digo vuestro devoto servidor.

M. Oribe.»

Y ya que tenemos en la manó, esta *Gaceta Mercantil,* vèamos el núm. 5903 del 20 Setiembre 1842 y encontraremos un parte oficial de Manuel Antonio Saravia, empleado en el ejército de Oribe. Esta parte contiene una lista de diez y siete individuos, entre los cuales un jefe de batallón, y un capitan que *fueron hechos prisioneros en Numayan y sufrieron el castigo ordinario de la* PENA DE MUERTE.

Y ya que hablamos del *ilustre* y *virtuoso* Oribe, proseguiremos haciéndolo; encontramos nuevamente su nombre en el núm. 3067 del *Diario*

de la Tarde del 22 Octubre 1841, en ocasión de la batalla de *Monte-Grande,* de la que él, ha hecho el parte; en esta relación oficial se leen las líneas siguientes:

«Cuartel General de los Ceibales,»

14 Setiembre 1841.

« Entre los prisioneros, se encontraba el traidor salvaje unitario ex-coronel Facundo Borda, *que fué fusilado en seguida de tomado,* conjuntamente á otros sediciosos oficiales, de caballería unos y de infantería otros.

M. Oribe.»

Un traidor hace entrega á Oribe del gobernador de Tucuman, y sus oficiales; y él el *ilustre,* el *virtuoso,* dà aquella nueva á Rosas en estos términos:

Cuartel General de Metan, 3 Octubre 1841.

« Los salvajes unitarios que me ha consignado el comandante Sandoval, y que son: Màrcos M. Avellaneda, pretendido gobernador de Tucuman, coronel J. M. Videla, capitan José Espejo y el

lugarteniente Leonardo Sosa, han sido sobre la marcha fusilados en la forma ordinaria á excepción de Avellaneda, que he ordenado, le corten la cabeza, para ser expuesta à las miradas del público en la plaza de Tucuman.

M. Oribe. »

Pero Oribe, no es el solo lugarteniente de Rosas, encargado de las ejecuciones ordenadas por el dictador, lo es tambien un cierto Maza, que los órganos de Rosas, se han olvidado de calificar de *ilustre* y de *virtuoso,* apesar de que merece tambien este doble título, como se puede ver por la carta publicada en el núm. 5483 de la *Gaceta,* de fecha 6 Diciembre 1841.

Catamarca, 29 del mes de *Rosas,* 1841.

A S. E. el Sr. Gobernador D. C. A. Arredondo.

« Despues de dos horas de fuego, y de haber pasado á cuchillo á toda la infantería, se puso tambien á la caballería en derrota, huyendo el jefe con treinta hombres en dirección al Cerro de Ambaste; actualmente se le persigue, y su cabeza, será muy bien pronto puesta en la plaza

pública, como lo son ya los de los supuestos ministros Gonzalez, Dulce y Espeche.»

Firmado: *M. Maza.*»

«¡Viva la federación!»

Lista nominativa de los salvajes unitarios sediciosos, jefes y oficiales, que han sido fusilados, despues del hecho del 29.

«Coronel Vicente Mercao.

«Comandantes: Modesto Villafañe, Juan Pedro Ponce, Damasio Arias, Manuel López, Pedro Rodriguez.

«Jefes de batallón: Manuel Rico, Santiago de la Cruz, José Fernandez.

«Capitanes: Juan de Dios Ponce, José Salas, Pedro Araujo, Isidoro Ponce, Pedro Barros.

«Ayudantes: Damasio Sarmiento, Eugenio Novillo, Francisco Quinteros, Daniel Rodriguez.

«Lugarteniente: Domingo Díaz.

Firmado: *M. Maza.*»

Y ya que hablamos de Maza, continuemos, despues seguiremos con Rosas.

«Catamarca, 4 Noviembre 1841.»

«Ya os he escrito, que nosotros habíamos puesto en derrota completa al salvaje unitario Cubas,

que era perseguido, y que estaría pronto en nuestro poder la cabeza del bandido. Y efectivamente ha sido tomado en el Cerro de Ambaste, en el propio lecho, en consecuencia, la cabeza del indicado fascineroso Cubas, ha sido espuesta sobre la plaza pública de esta ciudad.

Despues del hecho, se han tomado diez y nueve oficiales que seguían á Cubas; no se les dió cuartel, y el triunfo ha sido completo, *ni siquiera uno se ha salvado.*»

Firmado: *M. Maza.*

Véamos de paso en el *Boletin de Mendoza,* núm. 12 una frase escrita, en una carta dirigida desde el campo de batalla del Arroyo Grande, al gobernador Aldao por el coronel Gerónimo Costa:

«*Nosotros hemos hecho prisioneros mas de ciento cincuenta jefes y oficiales, que fueron fusilados sobre el campo de acción.*»

Hemos prometido hablar de Rosas; y cumplimos la palabra.

Cuando el coronel Zelallaran fué muerto, se le llevó su cabeza á Rosas, y éste pasó tres ó cuatro horas haciéndola rodar, y escupiendo sobre ella. Sabe que otro coronel, compañero de armas de aquèl, está prisionero, y piensa primero hacerlo

fusilar, pero despues cambia de parecer, y en lugar de la muerte, lo condena á la tortura, y ordena que el prisionero, durante tres días, permanezca dos horas, mirando la mutilada cabeza colocada sobre una mesa.

En 1833, Rosas hacía fusilar en medio de la Plaza de San Nicolás, una parte de los prisioneros del ejército del general Paz, entre aquéllos, al coronel Videla, antiguo gobernador de San Luis; en el momento de la ejecución, el hijo del condenado, se arroja á sus brazos; y Rosas ordena los separen; pero el jóven se resiste, por lo que Rosas dió órden de hacer fuego sobre los dos, y el padre y el hijo cayeron muertos, estrechados en un abrazo supremo.

En 1832, Rosas hizo conducir á una plaza de Buenos Aires, ochenta indios prisioneros y en pleno día, sobre aquella plaza, á la vista de todos los hizo matar á golpes de bayoneta.

Camila O'Gorman, jóven de diez y ocho años, y de una de las principales familias de Buenos Aires, es seducida por un sacerdote de 24 años. Abandonan los dos la ciudad refugiándose en una pequeña aldea de Corrientes, en la cual, diciéndose casados, abren una escuela. Corrientes cae en poder de Rosas; el jóven es reconocido por otro sacerdote y denunciado con su compañera á Rosas, quien ordena sean conduci-

dos à Buenos Aires, donde sin ningùn juicio, dispone sean fusilados.

Pero le avisaron á Rosas que Camila O'Gorman estaba en cinta de ocho meses, y entónces resuelve, que se bautizase el vientre, si querían salvar el alma de aquella criatura, y una vez hecho, Camila O'Gorman fué fusilada: recibiendo tres balazos la infelíz madre en los brazos, pues por un movimiento natural, ella parecía querer proteger á su hijo.

Y despues de todo esto, ¿por qué es que la Francia se hace enemiga de Garibaldi y amiga de Rosas? Por que los amigos y enemigos de la Francia, les son impuestos por la Inglaterra.

CAPÍTULO IV

Volviendo ahora á Montevideo de quien nos alejaron un poco Aquiles y Tersite. Recordaremos que ya hemos dicho, que el 3 de Febrero de 1843, no había dinero, ni víveres, ni materiales de guerra en la ciudad. En aquel día el Ministro de la Guerra, preguntaba al de Hacienda, cuales eran los recursos con que se podía contar para la organización de la defensa, y recibía por toda respuesta, de que se podría resistir con grandes economías hasta el vigésimo día.

¿Y cuánto tiempo resistieron los españoles el primer asedio? le preguntaba de nuevo.

—Veinte y tres meses, respondia el Ministro

de Hacienda — pero se encontraban en mejor situación que nosotros.

Pues bien, ahora nos sostendremos por 24, dice Pacheco y Obes; vergüenza á nosotros, si aquello que hicieron los extranjeros por la tiranía, no lo podemos hacer actualmente por la libertad.

¡ Y Montevideo resiste desde hacen siete años !

Tambien es cierto que el primer decreto del Ministro de la Guerra, decía:

—La patria está en peligro!

—La sangre y el oro de los ciudadanos pertenece á la patria.

—Quien niegue á la patria su oro ó su sangre, será castigado con pena de muerte.

Apesar de que los sibaríticos hábitos de Montevideo fuesen un obstáculo á tales medidas, y que los individuales intereses levantasen la voz, sin embargo, todos los ciudadanos sin excepción tuvieron que contribuir con su sangre y dinero. El primero fué el Ministro de la Guerra, que dió el ejemplo con su propia familia. El ejército enemigo estaba á las puertas de la ciudad, y faltaba todavía un local para establecer una ambulancia para los heridos futuros de las batallas futuras.

El coronel Pacheco y Obes, visitando su familia que huyendo de la campaña se había refugiado

en la ciudad, se apercibió que el edificio por ella ocupado se prestaba para establecer el hospital, y llamando á sus hermanas les anunció la necesidad de abandonar la casa.

—Pero nuestra madre enferma, ¿dónde la cuidamos?

— Oh! se abrirá alguna puerta en Montevideo para hospedar á la madre del Ministro de la Guerra.

Y efectivamente la madre y las dos hermanas sin hogar son recogidas, y el ejército sitiado tiene un hospital.

Dos jóvenes primos hermanos del Ministro, de quien eran grandes amigos, pretendieron bajo la égida de la amistad y de la sangre eludir el decreto, por lo que por órden del Ministro fueron arrancados de su casa y conducidos al ejército.

La familia del general Rivera, Presidente de la República Oriental, había apesar de la ley reservádose á dos esclavos, creyéndose segura á la sombra del poder y del nombre; pero el coronel Pacheco y Obes, dirigiéndose en persona al general Rivera, le pidió los dos esclavos y los hizo soldados.

Don Luis Baena, comerciante y miembro distinguido de la ciudad, convicto de tener prácticas con el enemigo, fué condenado por el tribunal

militar á ser fusilado. Los comerciantes extranjeros congregados para impetrar la gracia, conociendo las dificultades del tesoro público, ofrecieron en rescate la suma de 60,000 patacones para vestir el ejército. Inclinados al perdón estaban los miembros del gobierno, ménos el coronel Pacheco, quien reclamaba la aplicación de la ley, diciendo: «Si la vida de un hombre pudiese rescatarse con oro, el erario aunque pobre, rescataría la de Baena, pero la vida de un traidor no se rescata jamás.» Y Baena fué fusilado.

De tal modo procedía la defensa, tanto del lado moral, si así puede decirse, que del físico.

Entónces Montevideo no tenía sino una línea de fortificación apénas trazada y defendida por cinco únicos cañones. Antiguas piezas de artillería que por ser inùtiles, servían de postes en las esquinas, fueron sacadas y trasportadas sobre carros; improvisada una fundición y una fábrica de pólvora, la línea de fortificación, llevada á término, pudo recibir cien cañones, muchos de los cuales, sin embargo, eran à veces fatales á los artilleros que los manejaban. A datar del 16 de Febrero, fué de necesidad llevar al campo este ejército de jóvenes reclutas, entre los cuales se veían confundidos al rico señor con el pobre obrero, al hombre de letras con el esclavo restituido á la libertad, para combatir à un ejército de

veteranos orgullosos de los antiguos triunfos y fuertes por el terror que la barbarie les imponía.

Y sin embargo, tal prodigio pudo cumplirse, porque los héroes de Montevideo tenían por maestro al general Paz, quien por su larga experiencia, gran talento y noble patriotismo, le era dado obtener inesperados sucesos.

Cooperando tambien á tal objeto el Ministro de la Guerra, con su gran influencia, su convincente palabra y su fé inmensa en el honor nacional, había podido trasmitir al ejército un arrojo inmenso; de tal manera, que las tropas severamente disciplinadas en las escaramuzas, en las avanzadas y en los combates de todos los días, llegó á ser en breve un puñado de héroes. Decimos todos los días y nos complace repetirlo, porque es difícil creerlo, sí, todos los días, se luchaba y la ciudad todos los días se sorprendía como Troya, de un heroico hecho de sus defensores, ó de una bárbara acción de los enemigos. Así la defensa adquiría nuevo vigor por el doble efecto del entusiasmo y del ódio.

De la crueldad increíble, del ejército sitiador, necesario es que hablemos para que sepa la Europa, á cuales hombres estaría reservada la America del Sud, si desgraciadamente Montevideo, última defensa de la civilización, cayese en poder de tales bárbaros.

Jamás los asediantes perdonaron la vida de un solo prisionero, y felices de aquellos que morían sin ser torturados. Véase la historia del sitio de Montevideo, y se leerá en la página 101 la declaración de Pedro Toses, capitan del ejército de Oribe, prestada delante de la policía de Montevideo. Él declara: No recordar el número de prisioneros hechos por las tropas de Rosas en la batalla del Arroyo Grande, dice saber sin embargo, por haber sido testigo ocular, que fueron cortadas las cabezas á quinientos cincuenta y seis hombres. «Se conducían las víctimas de veinte en veinte, desnudos, y con las manos ligadas; á cada grupo, era destinado un verdugo; y una vez sobre el lugar destinado al suplicio los prisioneros, eran obligados á arrodillarse y en seguida se les cortaba la cabeza.»

Así se procedía con la generalidad de los mártires, pero los oficiales superiores obtenían distinciones horribles.

Pedro Toses asegura haber visto dar muerte á el coronel Hinestrosa; despojado de sus ropas, fué primero mutilado; cortáronle despues las orejas y le arrancaron las carnes á pedazos, ultimándolo despues los soldados del batallón Rincón á golpes de bayoneta; agrega despues sin dar detalles, que la segunda víctima fué el lugarteniente coronel León Berrutti;

Que el coronel Mendoza fué estrangulado;

Que el mayor Estanislao Alonzo, fué muerto á garrotazos;

Que el mayor Jacinto Castillo, el capitan Martinez y el subteniente Luis Lavagna, fueron descuartizados;

Que el lugarteniente Arimendi, primero mutilado, fué despues degollado;

Que el lugarteniente Acosta, desnudado vivo, murió gritando: *Viva la Libertad.*

En fin; Que el lugarteniente Gómez fué estrangulado, lo mismo que los subtenientes Cabrera y Carrillo.

A tales enormidades, se habían entregado los asediantes con la esperanza de que horrorizados con semejantes matanzas, los defensores de Montevideo habrían desistido de la empresa; pero se engañaban completamente, porque apercibidos de que cayendo en las manos de Rosas era en vano esperar el perdón comprendían la necesidad de batirse hasta la muerte.

Pero estos nuevos soldados, ora combatiendo en emboscadas ó en terrenos accidentados, ó parapetados entre las trincheras, no habían todavía probado al enemigo de cuanto fuesen capaces en campo abierto; el Ministro de la Guerra se preparó á resolver este problema.

Con tal objeto en la noche del 10 de Marzo de 1843, él se trasladaba con una división al pié del Cerro, y à las once, la parte del ejército enemigo que sitiaba aquella fortaleza era completamente derrotado.

El 10 de Junio de 1843 y el 28 de Marzo de 1844, las armas de Montevideo, mandadas siempre por el Ministro de la Guerra, triunfaban de las fuerzas enemigas; en esta última jornada el general Ángel Núñez, rodeado de varios cadáveres de sus soldados, moría sobre el campo de batalla; él el mas fiel de los oficiales de Rosas, era un traidor, porque al principio del asedio, abandonaba el ejército oriental y se entregaba en brazos del dictador.

Sobre el mismo terreno, el 26 de Febrero 1844, una división enemiga era derrotada por el general Paz; y el 24 de Abril del mismo año, tenía lugar entre los dos ejércitos un combate indeciso, y finalmente el 30 de Setiembre, 100 hombres de caballería al mando del coronel Flores, derrotaban á una fuerza enemiga de 500 hombres tambien de caballería. Por tal causa, el nombre histórico del Cerro, era cambiado por el de *Campo de la fortuna.*

Y mientras que Montevideo sentía día á día casi á sus puertas tronar los cañones enemigos, la ciudad ofrecía á los ojos de las nacio-

nes, el espectáculo admirable de la unión en el peligro, de la unidad en la constancia. Los hombres de corazón rodeaban al gobierno y lo sostenían de todas maneras y á medida de sus fuerzas, con un patriotismo de que tal vez la historia no recuèrda ejemplo.

Es dulce para nosotros nombrar aquí porque sabemos se han hecho notables para la Europa, á Francisco Joaquin Muñóz, Andrés Lamas, Manuel Herrera y Obes, Julian Álvarez, Alejandro Chucarro, Luis Peña, Florencio Varela, Fermín Ferreira, Francisco Agell, Joaquin Sagra, Juan Manuel Martínez, ciudadanos todos de Montevideo, que serán ciudadanos del mundo el día en que todos los pueblos sean hermanos en una República Universal.

Lamas, cuando Pacheco y Obes entró al Ministerio, fué nombrado jefe de policía en Montevideo, donde dió pruebas de una actividad extraordinaria y de un patriotismo ardientísimo; hombre de raro talento y de inmensa instrucción, ha sido clasificado entre los primeros poetas del Estado Oriental, fué despues Ministro de Hacienda y actualmente Representante de la República en el Brasil.

Ya hemos dicho, porqué la familia del coronel Pacheco y Obes se había refugiado en Montevideo y porqué la misma medida habían adoptado buscando la salvación, los demás habitantes de

la campaña. Mas de 15,000 personas se habían asilado en la ciudad siendo entónces de obligación del gobierno desde el principio del sitio, socorrer á las necesidades de tantas infelices familias, y asegurar un pan á los pobres de la ciudad, de modo que mas de 27,000 personas, eran alimentadas y vestidas por el tesoro público.

Habíase tambien provisto á los hospitales, y la familia de Pacheco y Obes, como ya hemos dicho, había cedido con tal objeto, la propia casa. Los lechos que ascendían á mas de mil, donados por familias pudientes, eran demostración de una piedad, llevada á la magnificencia; los farmacéuticos, suministraban gratis los medicamentos, los médicos, prestaban desinteresadamente sus servicios, mientras que las señoras organizadas en asociaciones de caridad, velaban religiosamente á la cabecera de los enfermos.

En los días felices de Montevideo, en la época de las cabalgatas que nosotros hemos ya descrito, cuando los conciertos musicales se difundían en las casas y por las calles, sus tertulias rivalizaban en brío á aquellas de Lisboa, Madrid y de Sevilla, y los modos gentiles y la franca hospitalidad de los habitantes, formaban la admiración de los europeos, que en esta vírgen tierra encontraban el lujo y la cultura del viejo mundo; ahora en cambio, durante el sitio, en las reuniones noc-

turnas, es la única ocupación, preparar hilas, y únicamente se trata de los combates, de las acciones heróicas y de los heridos del día.

Las grandes desventuras, son madre de las grandes virtudes y lo prueba acabadamente el doctor Fermín Ferreira, uno de los médicos mas distinguidos que hace verdadero honor á la América; abandonando en los primeros días del sitio su clientela, se consagró al servicio de los hospitales y de los pobres; desde entónces no tuvo reposo, habríase dicho que este hombre no participando de las necesidades de la humana naturaleza no sufriese con las privaciones de los alimentos y del sueño; dedicado siempre al cuidado de los enfermos y de los heridos, los atendía como lo pudiese hacer un padre; empobrecido al extremo, vendía lo que poseía para vivir, hasta las joyas de la esposa; parecía que la miseria aumentase su patriotismo; es actualmente cirujano en jefe del ejército, y Presidente de la Asamblea, y se encuentra á la par de todos los defensores de Montevideo en la mayor pobreza.

Montevideo apesar de esta época de desgracias y miserias, ha visto nacer sus mas bellos establecimientos públicos. El Ministro de la Guerra, Pacheco y Obes, fundó los hospitales Militar y Civil, la Casa de Inválidos, las Escuelas

Públicas y organizó la Sociedad de Socorros Mútuos.

Lamas, el Jefe Político, dió nombre á las calles de la ciudad y vida al Instituto Histórico y Geográfico.

Herrera y Obes, Ministro de Gobierno, creó la Universidad.

Por iniciativa de Bernardina Rivera, las señoras constituyeron la sociedad de beneficencia bajo el nombre de *Sociedad de las Señoras Orientales*.

Tambien durante el sitio se acuñó la primer moneda de la República; Lamas tuvo la idea, y el Ministro de la Guerra ofreciendo los objetos de plata, suyos, de su familia y de sus amigos, hizo despues un llamado al pueblo que no se mostró sordo á él; reuniendo así desde el incensiario del sacerdote hasta las espuelas del caballero. La moneda fundida en Montevideo tenía estas solas palabras: *Asedio de Montevideo.*

De tal modo la capital de la República Oriental con un acto de Independencia individual, protestaba contra los ataques de Rosas, á la pública independencia.

Un hecho no expuesto hasta ahora por nosotros y que debía haber influido en nuestra política, es el ser Montevideo una ciudad casi francesa, porque entre sus cincuenta mil habi-

tantes, sin exagerar veinte mil pertenecen á la Francia, éstos, ligados á la población por intereses comerciales y de familia, era imposible se hiciesen extranjeros en las vicisitudes, y aceptando la causa de la patria adoptiva, tomaron con ardor las armas para defenderla.

A esto se agregaba las antipatías que desde 1839 existían entre los franceses y los soldados de Buenos Aires; y por esos antiguos rencores respecto á nuestros compatriotas, se oían á los soldados de Rosas gritar en las avanzadas:

«¿Qué hacen los franceses que otras veces se armaron?

¿Por qué no ármanse ahora que se combate deveras?»

Apesar de tales palabras, la población francesa permaneció neutral; pero una leve chispa, bastaba para encender gran llama; y ella vino en la circular de Oribe del 1.º de Abril en la que amenazaba á todos los extranjeros de considerarlos como salvajes unitarios si no ocultaban prudentemente sus simpatías.

Levantóse un grito de indignación; los franceses corrieron á las armas y se organizaron en legión, legión sacra, que sostiene, apesar del gobierno, el honor de la Francia, legión invicta que sabe resistir al fuego y á la seducción, como tambien á las armas mas terribles aún que aque-

llas de Rosas: á las calumnias de los diarios franceses.

La legión cuenta ya 7 años de vida, y desde su creación provee por sí misma á sus necesidades, no recibió jamás una recompensa, y lejana tres mil leguas de la patria, envuelta en la miseria hoy día común á todos, descalza y andràjosa, cubierta de cicatrices como su propia bandera, pasea orgullosa de su desnudez por las calles de Montevideo, cuyos habitantes saludan al francés como hermano, y lo veneran como defensor.

Y es verdad, no hay palmo de tierra en la inmensa línea de defensa de Montevideo, que no haya sido bañada por sangre francesa, y sépanlo los ministros y el gobierno que los ha abandonado, mas de mil de los nuestros, han caido desde el orígen de la legión francesa.

El coronel Thiébaut, antiguo oficial del ejército imperial, es el jefe de la legión y el coronel Brie, ex-negociante distinguido, ahora valeroso soldado, tiene el mando de los Cazadores Vascos; el teniente coronel Des Brosses, el doctor Martin de Moussy y casi todos los franceses establecidos en Montevideo tomaron parte en la formación de esta legión. Rosas, ha empleado el oro á manos llenas para pròvocar la diserción, pero en los siete años transcurridos únicamente tres hombres han abandonado las filas: Pela-

bert, comandante del primer batallón y dos de sus soldados.

¡Tres traidores en tres mil hombres! tuvieron más los espartamos, que contaron un fugitivo en trescientos.

A la formación de la legión francesa, siguió la de los italianos creada por Garibaldi, ávido de aventuras y peligros. Un nuevo campo se le ofrecía, pues ya comandante de la flota nacional, sentíase privado de las luchas que se sucedían en tierra y fué visto el mismo día marchar á la bayoneta, á la cabeza de un batallón de infantería y cargar en medio á la caballería á un escuadrón enemigo. Pero los lamentos de Italia llegábanle mezclados con las brisas del Mediterráneo y entónces todo cesó para él, solo un sacro deber podía impedirle cumplir un tan noble sacrificio.

Al lado de Garibaldi brilla un nombre ilustre en la legión italiana: Francisco Anzani, hombre de extraordinario coraje y de severas costumbres. Jamás fué visto en Montevideo, sinó en medio á los soldados, vestido como ellos, y dividiendo tambien con ellos sus alimentos, soñando la libertad de Italia, combatiendo por la del Nuevo Mundo. La libertad era su esperanza y el ideal de su vida.

Cuando en el 1847 Garibaldi partió de Montevideo con un centenar de sus legionarios para

venir á combatir en Italia, Anzani gravemente enfermo, quiso á todo costo embarcarse, y moría tres días despues de su arribo á Italia, pensando en la independencia de la patria, por la cual Garibaldi debía combatir inútilmente, y decimos inútilmente bajo el aspecto de las condiciones actuales, pero no con la desesperación del porvenir.

CAPÍTULO V

El órden de los acontecimientos, nos ha alejado del ejército de Rivera, que despues de retirarse de Montevideo, no permaneció inactivo.

El enemigo fuerte de 6000 infantes y 900 de caballería había establecido el sitio á la ciudad; en persecucion de Rivera, había expedido el resto de sus fuerzas;—Teniendo principio entonces una lucha admirable, debiendo Rivera con su talento, con el conocimiento del terreno, con el coraje de sus soldados, fuerte apenas de 5000 hombres de caballería, contener á un enemigo que contaba 6000 hombres de la misma arma, un batallón de infantes y una batería de cañones.

Para colmo de desventuras, la marcha de Ri-

vera, se hacía de día en día mas dificultosa y grave, pues los habitantes de la campaña, imposibilitados de refugiarse en Montevideo, se adherían al ejército, pareciendo mas bien éste, una tribu, que en los últimos tiempos, contabá perfectamente cuatrocientos carros, repletos de mujeres y niños,—y además un número mayor de fujitivos, que privos de medios de trasporte, seguían al ejército á pié ó á caballo.

No se escapaba á la penetracion de Rivera ni á la de sus soldados, que estaban expuestos á un total esterminio,—(con aquella gente inhábil para la guerra,—de estorbo en los campamentos, y que ocasionaba un retardo en las marchas,)—pero apesar de eso se sostuvieron en la lucha, fieles á su deber dos años,—siempre batidos, pero no vencidos.

Por fin, es completamente derrotado Rivera, en la funesta jornada del Paso de la Paloma; tal sin embargo, es la desesperacion de este hombre, tal la popularidad que lo circunda, tan en suma el amor á la patria que inflamaba á los orientales todos,—que la victoria de Solis, le vuelve aquel prestigio que había por un instante perdido.

Pero Urquiza, á la cabeza de 4000 hombres, viene á servir de ayuda al enemigo, y derrota á Rivera en Malbajar y en Aréquita, y éste, apesar de tales reveces, resuelve el 28 de Marzo presen-

tar batalla á Urquiza.—Las fuerzas eran iguales por ambas partes; antes de producirse el encuentro, el general Rivera, dispuso que los carros que transportaban las mujeres y los niños, se aproximaran á la frontera del Brasil, para internarse en caso de una derrota;—se perdió la batalla, y fué salva, gracias á aquella disposicion, aquella errante tribu, conjuntamente á una parte del ejército. Desde entonces familias y soldados, tienen su residencia en Rio Grande y las reiteradas promesas de Rosas, no han podido conseguir que vuelvan á pasar las fronteras, que los separa de la patria,—tanto es el odio que les inspira el tirano,—que han preferido la proscripcion y la miseria.

El ejército de la campaña, destruido en la batalla de India-Muerta, había cumplido con su deber;—dejando sobre el campo de batalla la tercera parte de su fuerza. Este glorioso combate fué ilustrado con la sangre de tantos mártires, y la historia del pueblo oriental, recordará con cariño los nombres de Aguiar, Silva, Cuadra, Blanco y Luna, capitanes que primero cayeron por la independencia de la patria;—y la historia fiel dirá, que los desastres alcanzados, no son atribuidos á la tropa ni á los jefes, sino solamente al general Rivera, quien jamàs quiso organizar militarmente sus fuerzas, por lo que

nunca pudo hacer una guerra de soldado, sino de aventurero.

Despues de la batalla de India-Muerta, y cuando los restos del ejército pasó la frontera de Rio Grande, uno solo de los jefes decidió no hacer la vida del proscripto;—era el coronel Brígido Silveira, quien con un puñado de valientes, decididos á morir, resolvió proseguir la lucha, y retirándose al distrito de Maldonado, aprovechando lo accidentado del terreno, comenzaron una guerra, de emboscadas y de ataques nocturnos que el enemigo no esperaba. Desde entonces, no hubo destacamento del ejército de Oribe que se aventurase en la campaña, que no fuese atacado por aquellos infatigables soldados, de los que eran notables todos sus movimientos.—Además cuando sobrevenía una tormenta, en lo mas recio de ella, aprovechaba para llevar sus ataques, hasta las mismas tiendas del enemigo, donde hacía oír su grito de guerra.—En vano Oribe para dar caza á estos héroes, mandaba un escuadron de tres mil hombres, unas veces constituyendo un solo cuerpo de ejército, otras en partidas;—sin embargo dos largos años emplearon en esterminarlos, sobreviviendo unicamente Brígido Silveira, quien encontró modo de regresar á Montevideo, donde reside actualmente.

La batalla de Malbajar, anterior á aquella de

Iudia Muerta, tuvo lugar en Enero de 1844. Un grupo de quinientos hombres, salvados del desastre, concibieron el proyecto de abrirse camino hasta Montevideo; llegando inesperadamente á espaldas de las líneas del asedio, llevaron un ataque y sobre cadáveres de enemigos entraron triunfantes à la fortaleza del Cerro.

Al frente de estos bravos estaban los coroneles Flores y Estibao, los que se presentaron al gobierno con las espadas aún bañadas en sangre: « el ejército,—dijeron—de la campaña ha sido derrotado y nosotros impotentes de rehacerlo, hemos venido á compartir la suerte de los defensores de Montevideo;» fué realmente providencial tal refuerzo, por que la guarnición disminuida día á día, no podía reponerse, mientras el enemigo recibía continuamente refuerzos de Buenos Aires. Y efectivamente las filas de los defensores de Montevideo habían disminuido, alcanzando á mas de tres mil, el número de los que habían caido con los coroneles Sosa, Torres y Neira.

Sosa que con razón puede llamarse el Héctor de la nueva Troya, era uno de aquellos hombres, para los que no existen peligros de ninguna clase y á semejanza de Nelson, podía preguntar nó á los doce, à los treinta años: ¿qué cosa es el miedo? Se le hubiese creido descendiente de los antiguos Titanes, nada, siendo para él imposible. Fué vis-

to un día, con solo catorce hombres de caballería, atacar á cien bascos españoles y ponerlos en fuga.

Otra vez en medio de catorce soldados que creían fácil tomarlo prisionero, habrióse paso, matando dos,—regresaba al cuerpo de donde lo habían separado.

Un día se encontraban con un destacamento enemigo al frente, y el jefe de Sosa manifestó la necesidad de ciertos datos, que únicamente le podría dar un prisionero, y Sosa se lanza sobre el campo enemigo, toma á uno que le fué posible alcanzar, y poniéndolo atravezado sobre su caballo, se presenta á su superior, diciéndole: «aquí está mi coronel, lo que Vd. necesitaba.»

Hasta parecía que la muerte respetase á aquel hombre!

Y efectivamente una vez uno de los mas valientes oficiales de la fuerza enemiga, encontrándose con Sosa, en el calor de la refriega, le apunta con su pistola, hace fuego, y el tiro no parte, y él en vez es muerto por Sosa.

Conversando una vez con cinco de sus soldados, próximos á un bosque, cayó en una celada, tendida por el enemigo oculto entre los árboles; —los soldados caen en tierra heridos, y solamente Sosa resulta ileso, y en vez de huir ó retirarse, se dirije hácia el bosque, de donde sale

cinco minutos despues, con su espada ensangrentada.

Las prohezas de Sosa, eran el tema de las conversaciones en la ciudad, como al mismo tiempo eran el terror del enemigo.

Por esto el día 8 de Febrero 1844, fué día de luto para Montevideo. Estando él en las avanzadas fué herido como Turenne y como Brunswick por una bala de cañón, pero no cayó como aquellos del caballo, apesar de que por la herida, se le viesen todas las entrañas. Bajó á tierra, diciendo á sus soldados: «*creo estar herido.*» Pero apercibiéndose de que no solo estaba herido, sino herido de muerte: «amigos — dice él, *yo me muero, pero Vds., Vds., quedan para defender y salvar la patria.*»

La nueva llegó á la ciudad casi llevada por la bala de cañón, que lo había herido. El ministro fué á ver al moribundo; al verlo éste, se incorporó ligeramente, le estendió la mano y lo enteró de lo acontecido con una tan tranquila serenidad que no parecía hubiese llegado al fin. Escuchábalo el ministro con la cabeza inclinada porque no solamente perdía en Sosa uno de los mas valientes capitanes del ejército, sino tambien á uno de sus mas tiernos amigos. La voz de Sosa dejó de oirse. Estaba muerto. El ejército vistió de luto, no por órden pero sí por potente necesi-

dad del corazón, pues á cada uno le parecía, con su muerte, haber perdido un hermano ó un amigo.

A tanta virtud era poco el reconocimiento de los hombre,s por lo que el gobierno *no hizo mas* que expedir el siguiente decreto:

« Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, 10 Febrero 1844.

« El gobierno no dá recompensas á aquellos que combaten por la patria, pues ellos no hacen mas que cumplir con su deber; pero debe á la gloria nacional, el honorar los nobles hechos en pro de la República, haciendo eterna la memoria de los valerosos, y circundándolos del reconocimiento general, que es la mas bella corona del héroe.

Por tal motivo, recordando, que el coronel Marcelino Sosa, muerto el 8 del presente mes, ha consagrado con heroica abnegacion toda su vida al servicio de la patria; que él fué en la guerra el primero entre los héroes, en la paz ciudadano integérrimo, y que en todo tiempo ha merecido bien de la patria;

El gobierno resuelve y decreta:

Artículo 1.° El primer regimiento de caballería de la guardia nacional, tomará en adelante el

nombre de *Regimiento Sosa*, y llevará estas palabras en su bandera: *Marcelino Sosa hêroe entre los hêroes.—La patria lo perdió el 8 de Febrero 1844.*

Art. 2.° No se proveerá jamás al grado de coronel de este regimiento, en el cual Marcelino Sosa figurará como coronel efectivo, debiendo su familia recibir sus sueldos correspondientes, y en caso contrario, en cumplimiento á la ley del 12 de Marzo 1829, serán versados en la caja de los inválidos del ejército.

Art. 3.°.....

Art. 4.° Cuando el ejército que asedía la capital, haya sido derrotado, los restos de Sosa, serán trasladados al lugar donde fué herido, y se erigirá por cuenta del tesoro, un monumento sencillo, que lleve su nombre, el día de su muerte, y sus extremas palabras:

¡ « *Compañeros, salven la Patria* » !

Firmado—*Suarez.*

Firmado—*Pacheco y Obes.*

El Ministro de la Guerra, habló en la tumba del gran ciudadano.—Envuelto en la bandera de su escuadron, Sosa fué sepultado en el sepulcro de la familia de Pacheco y Obes. Entre los que acom-

pañaron el cadaver al cementerio, estaba el coronel Tajes, qué tiene actualmente la reputacion de valiente que gozaba primero Sosa.

Sosa, era un arrogante y grande hombre, robusto, excelente caballero, de una generosidad igual al coraje; montaba generalmente un espléndido caballo negro.—En la hora de la pelea, se levantaba las mangas, empuñaba la espada ó la lanza y se le hubiese creído un héroe de Homero, ó un paladín del siglo de Carlemagno.

Así es que era él circundado de dignos y valerosos soldados, habiendo día á día del asedio de Montevideo una página de gloria para los jefes de los asediados.

Ayer era el coronel Muñoz, que con un grupo de ochenta hombres, atacaba una posicion defendida por 400 soldados, los cuales deben la libertad á los refuerzos llegados.

Hoy es el coronel Solsona que con un batallon resiste á toda el ala derecha enemiga.—Entre los que combaten bajo sus órdenes, están sus tres hermanos, uno de los cuales Miguel, herido en la cabeza cae por tierra, pero levantándose toma un fusil y continúa batiéndose casi como si se hubiese caído para recojer un arma.

Mañana, Lezica y Batlle, que en el Pantanoso con solo 300 hombres, resisten á cinco batallones enemigos.

Despues el mayor Carro, que con treinta dragones atacando trescientos enemigos, queda con veinte y ocho de sus hombres sobre el campo de batalla.

Mas tarde, el coronel Tajes, que á la cabeza de ochenta hombres destruye al segundo regimiento de Rosas; el coronel Villagran que á la edad de sesenta y cinco años, á la cabeza de pocos hombres de caballería, carga día á día al enemigo, siempre en número cuatro veces mayor.

De todo lo que se puede deducir con razon que Montevideo estaría salvo, si hubiese bastado la abnegacion y el coraje.

En Junio de 1844, el general Paz llamado al comando de las fuerzas de Corrientes, dejó Montevideo. Entonces el coronel Pacheco y Obes al mismo tiempo que desempeñaba el Ministerio de la Guerra, toma el mando de las tropas, y consigue dominar al enemigo, que en dos brillantes hechos de arma él batía.

Era por lo tanto fácil de creerse, que la lucha tocase á su término, y para ello, se preparaba una batalla final, cuando el 8 de Octubre, un accidente imprevisto, mudó el aspecto de las cosas, siendo este el origen de las desventuras de Montevideo.

Sobre la pequeña escuadra gobernada por Garibaldi, habían sin su conocimiento, buscado

refugio dos desertores brasileros.—Entonces el Almirante del Brasil, que tenía en las aguas de Montevideo, cuatro corbetas, sin previo reclamo, se movió en direccion à la escuadrilla oriental, con una goleta seguida de muchas embarcaciones. Llegada á tiro de pistola, echada el ancla, intimó se rindiesen á los dos desertores, amenazando con hacer fuego si se negaban á someterse. Indignado de tal proceder, el ministro de la guerra, lo comunicó á los demás miembros del gobierno, y se trasladó él mismo abordo de la escuadra, para proveer al honor nacional, pues no se podía transigir con las brutales exigencias del brasilero.—Pero estando abordo, recibe la órden del gobierno, de entregar los dos desertores, y cosa extraña, la tal órden le fué intimada, por un oficial de ordenanza del Almirante brasilero.—El se negó á acatarla, pero insistiendo el gobierno, èl se dimitió, declarando á un tiempo, que no abandonaría su puesto, si antes la fuerza enemiga no dejaba su amenazadora actitud; habiéndose estas retirado, descendió Pacheco y Obes á tierra.

El gobierno aceptaba la dimision del ministro de la guerra, porque antiguas disensiones, entre el coronel y el general Rivera, eran por los amigos de este suscitadas, y tambien porque las enérjicas medidas del primero, habían herido á algunos

miembros del gobierno y especialmente á aquellos que viles intereses los aconsejaba arrimarse á Rivera, el cual, como hemos dicho, despilfarraba los dineros públicos.

El ejército, enterado de la dimision del coronel Pacheco y Obes, tomó las armas, y se rebeló. Duró tres días la ansiedad incesante en Montevideo, de ver el horrendo espectáculo de un gobierno, derrocado por la fuerza militar. Pacheco y Obes que tenía las simpatias del soldado, supo resistirlos, y saliendo del país, retiróse á Rio Janeiro. El prestó inmensos servicios á la defensa de Montevideo y fué de los mas ardientes defensores de la patria; el odio que le tenían los enemigos del país, es un título incontestable al reconocimiento de los buenos ciudadanos.

Llegado al poder, había sido su primer medida introducir la probidad en la administracion, establecer en principios los derechos de la nacion á los sacrificios de cada ciudadano, destruir en fin, la condicion arraigada ya en Montevideo, de las influencias personales, y sustituirlas, por las imparciales de las leyes. Al rededor de èl se habían agrupado unos cuantos hombres nuevos celosos del lustre de la patria, por lo que disminuyó el poder del general Rivera, poder que tuvo algunos momentos de vida á la caída del coronel Pacheco y Obes, despues de la revolucion de

Abril, pero que debió ceder, á la excelencia del sistema del ex-ministro de la guerra.

Sin embargo, es necesario convenir, que el coronel Pacheco y Obes, avanzó demasiado en sus ideas de reforma. y no eligió el tiempo oportuno, porque siendo Rivera el verdadero jefe del partido nacional, no debíase atacar su influencia en el momento mismo, que se sostenía la guerra contra el dominio extranjero,—por lo que él caído, nace la division y el desorden. Por otra parte, la extrema obstinacion del caracter del coronel Pacheco y Obes, que jamás se sometía à consejos, apartó de él, muchos hombres notables que tuvieron despues tanta parte en su caída. Pero apesar de todo tuvo siempre el amor del pueblo, y el agradecimiento del soldado, en premio de los esfuerzos hechos, para mejorar su suerte.

El retiro del coronel Pacheco y Obes, señaló la decadencia de la defensa; habiendo él constituido una autoridad fuerte á que todo cedía y obedecía, ésta despues de él, pasó á manos de hombres débiles, faltando así aquella mano potente, que habia dado el impulso á la cosa pública. — La guerra continuó, debil, y el mismo entusiasmo por la defensa, disminuyó, y para colmo de desventuras, cuatro meses despues, el ejercito de Rivera fué destruido en India Muerta.

Los orientales quedaban solos en la empre-

sa, y la nueva de una tal derrota que quitaba toda esperanza de triunfo fué casi un golpe mortal para los sitiados.

El ministerio que en tal emergencia rodeaba al viejo presidente Suarez, estaba compuesto de Vázquez, de Bauzà, y de Santiago Sayago. Movido por noble inspiración y rechazada toda idea de una capitulación que parecía inevitable, hizo un llamado al ejército, y expuesto el estado de las cosas, le ordenó combatir ó morir.

«Nosotros no podemos descender á pactos con elenemigo, decía la nota oficial al comandante, y nosotros debemos, por lo tanto, si no podemos la nacionalidad salvar, al ménos, el honor del país.»

Enterado el ejército de estas palabras, comprendió lo que debía á la patria, y se preparaba á una batalla estrema, desesperada, cuando los buques que traían la nueva de la intervención anglo-francesa, echaron el ancla delante de Montevideo. Los encargados de las dos naciones instaban al gobierno á diferir la lucha, asegurando que la Francia y la Inglaterra no pedían, sino el tiempo necesario para imponer y exigir la paz á Rosas; que en caso de una negativa del dictador, Montevideo tendría á las dos naciones por aliadas. El gobierno consintió y el ejército volvió á sus cuarteles, y desde esa época 5 Abril 1845, la

República espera en vano las promesas hechas.

Cinco veces fué presentado un ultimatum á Rosas con amenaza de aniquilarlo, en caso de negativa, y otras tantas èl ha respondido con verdadera insolencia. Y tal insulto no ha sido vengado, mientras que la República Oriental obligada á la inacción, concluida por inútiles y largos sacrificios, ha llegado al extremo de la desventura pública y de la miseria privada.

Tambien es verdad que á la primer negativa de Rosas, las potencias mediadoras respondieron con hechos que demostraban la voluntad firme de proteger á Montevideo. Las fuerzas anglo-francesas penetraron en el Paraná, Buenos Aires fué bloqueada; y Rosas fúè batido en Obligado por los aliados que se internaron en el Paraguay.

La intervención socorrió tambien con dinero al gobierno Oriental, y llamado nuevamente Pacheco y Obes al comando del ejército, puso á éste en condiciones de reprender vigorosamente la guerra. Poco ántes una división á las órdenes de Garibaldi y Batlle, era enviada á ocupar la Colonia y fortificar el Salto, posición importante, que por ser vecina á la frontera del Brasil, era un punto de apoyo y de reunión para los emigrados, un millar de los cuales habían poco á poco engrosado las filas del ejèrcito nacional.

En vano el enemigo, tentó por todos los me-

dios arrojar á Batlle de la Colonia y á Garibaldi del Salto, pero al número, suplió el valor.

Incomodado por todo el ejército de Urquiza ántes de haberse podido fortificar, Garibaldi sostiene por seis horas un ataque en que 4,000 hombres se lanzaron desesperadamente contra 500 soldados, siendo con enormes pérdidas rechazados. Se mueve mas tarde Servando Gómez y puso sítio á la ciudad, pero Garibaldi en vez de esperar el asalto, salía contínuamente á atacarlo, siendo cada salida para él, una victoria. Por último, tuvo lugar el cèlebre hecho de San Antonio, en que 200 italianos, en campo abierto, combatieron contra 1,200 soldados de Servando Gómez, entre los cuales contábanse 500 infantes. En esta jornada, despues de cinco horas de pelea, Garibaldi perdía la mitad de sus fuerzas y el enemigo 400 hombres. Dueño del campo de batalla despues de una hora de descanso, se retiraba Garibaldi con todos los heridos al Salto. En premio á tanto valor, á la legión italiana le corresponde la derecha en el ejército oriental.

En aquellos días el gobierno ascendía al grado de generales á Pacheco y Obes y Garibaldi, quienes se negaban á recibir tal recompensa, pero quienes cedieron sin embargo á la voluntad de los amigos.

Miéntras tanto, Pacheco y Obes daba cima

á la empresa, de reorganización del ejército, y dividíalo en dos cuerpos; era misión de uno velar por la defensa de Montevideo; miéntras que él debía ponerse al frente del otro, lanzarse á la campaña, unirse á Garibaldi y tener la dirección de la guerra; desgraciadamente Rivera regresó á Montevideo; la revolución de Abril sobrevino por lo que Pacheco y Obes, dimitiendo, tuvo por sucesor á Rivera.

El cual partiendo para la campaña obtuvo al principio felices sucesos; pero se encontraba al frente de un ejército que había roto todo vínculo de disciplina; un batallón se sublevaba al primer revés, él quería desarmarlo precisamente en momentos en que el enemigo se movía imponente, á vengar las pasadas derrotas. Rivera no aceptó la batalla y se internó en el país; pero fué despues nuevamente batido y se refugió en Maldonado; por tales causas desaparecieron las concebidas esperanzas de salvar el país.

La revolución de Abril fué el último destello de la popularidad de Rivera, la última tentativa de sus partidarios, y la sola mancha de la defensa de Montevideo, porque en aquel nefando dia se esparció la sangre de los mas generosos defensores de la República.

Las terribles escenas del puerto, dejaron un indeleble recuerdo en Montevideo. En uno de

estos tumultos el coronel Jacinto Estibao, es asaltado por 800 rebeldes. Él no era hombre de rendirse y luchó dos horas consecutivas, cayendo uno tras otro á su lado todos sus fieles, quedando únicamente Estibao con un ayudante de campo en pié, y entónces derramando sangre de sus muchas heridas, se apoderaron de una azotea donde despues de una resistencia inaudita, desesperada, los dos fueron muertos.

Estibao, era considerado y con razón uno de los mas notables ingenios de la República Oriental. Jóven, valiente, escritor elegante, de óptimo corazón, y de una fé inconcusa, en lo bello y en lo bueno, para él eran palabras vanas, la falsedad, la mentira, la traición. Era hermano de armas del general Pacheco y Obes; en la lucha que sostuvo (para él la estrema), los Almirantes Francés é Inglés, deseando salvarlo, insistían para que abandonase su puesto y se agregase à un destacamento que á poca distancia había, de 300 marineros de las dos naciones; pero Estibao respondía:

« El general me encontrará vivo ó muerto, en el puerto en que me ha dejado. »

Cuando no le quedaban mas que 8 soldados, uno de estos acercándosele, coronel, le dice, nosotros no podemos ya resistir; — y él, como ya le hubiesen roto el brazo derecho, tomando

con la mano izquierda, la pistola por el cañon, le rompió con la culata la cabeza á aquel hombre, que no sabia, que cuando no se podia ya resistir era necesario morir.

Se lloró tambien aquel día la muerte del mayor Bedia, jóven de grandes esperanzas, valiente oficial, que en las horas que lo dejaba libre el servicio, se consagraba al estudio, tanto, que á la edad de 24 años, podía decirse matemático excelente; él tenia cinco hermanos todos soldados, el mayor Joaquin, era Teniente-Coronel, y madaba como segundo jefe á la artillería oriental en la batalla del Arroyo Grande; — cuando se apercibieron de la suerte de la batalla, los artilleros se pusieron en fuga; -- conduciéndole un soldado el caballo, en vez de aprovecharse, lo hirió con la espada, y el caballo huyó dando dolorosos relinchos. Entonces como la artillería enemiga atacaba en masas compactas, aproximándose á un cañón, todavía cargado, hizo fuego, haciendo así el último tiro de la jornada: despues de esto, cayó, recibiendo veinte golpes de bayoneta.

Los otros cuatro, sobrevivientes hermanos, tienen fama de valientes é inteligentes oficiales,—y uno de ellos manda un escuadrón de artillería en Montevideo.

El mismo día la República perdía tambien al

capitan José Batlle, hermano del coronel, jóven de mérito inmenso.

CAPÍTULO VI

Los desastres del general Rivera, originaron un cambio de gobierno, ó mejor dicho, una reacción contra su sistema. El ministerio se organizó definitivamente, como actualmente. Los hombres que lo componen, secuaces de las ideas de Pacheco y Obes, administraron rectamente la cosa pùblica, y puede decirse con razón, que sobre ellos pesa mas grave la responsabilidad de la defensa, porque agotados los elementos de vida de la Repùblica, y obligados á una ciega dependencia del gobierno francés, creyeron en las promesas de aquella Francia, que jamás cumplió su palabra.

Así después de siete años de resistencia, la

miseria de este pueblo infeliz, ha llegado al extremo. No hay familia que no viva en las mayores necesidades, habiendo hasta los mas ricos, vendido á vil precio todos sus recursos – tanto, que todos los habitantes indistintamente, subsisten gracias á los víveres públicos.

El viejo Presidente Suarez ha donado todos sus sueldos, — los ministros viven como el último ciudadano del pan del soldado. Ellos viven en medio á tanta miseria, con el dolor de no poderla aliviar, viendo agotados los medios de la defensa, y cercano el triunfo del enemigo. Ellos sufren como los otros, y son los primeros en dar el ejemplo, consolados con la única esperanza de que el día que caiga Montevideo, la venganza de Rosas, pesando terrible sobre sus cabezas, disminuirá aquella reservada à sus propios conciudadanos.

El subsidio mensual de 35000 patacones que el gobierno francès paga á Montevideo, antes que una ayuda á las dificultades públicas, se ha convertido en un dolor, en una vergüenza, porque los agentes franceses de ello encargados, hacen á los necesitados, de todas maneras, materia de irrision y de desprecio,—por lo que puede decirse que reciben únicamente ese subsidio, la ilustre empresa, los nobles sacrificios, el heroico patriotismo digno de la antigüedad, por

lo que llegarán á ser inmortales los defensores de Montevideo.

La ciudad, antes del asedio, contaba 60000 habitantes, los que actualmente están reducidos á menos de 24000. La mayor parte de la poblacion, menos los franceses, abandonó la ciudad, sufriendo los pocos que permanecieron, el hambre, la peste y la miseria. Estos tres azotes y los diarios combates, disminuyeron el número de los habitantes. Pero jamás pueblo alguno sufrió con mayor resignacion y virtud, tales desastres, por mas grande que fuese el daño que proporcionaba á toda clase de ciudadanos. Desde hace mucho tiempo, su comercio ha cesado. Los pudientes han visto sus recursos poco á poco agotarse. El proletario busca en vano desde hace tiempo el trabajo. Todo hombre es soldado ù oficial, y ni uno ni otro recibe sueldo de ninguna clase. Las mujeres despues cuidan á los heridos y componen la ropa de los soldados, mientras los viejos velan por la seguridad interna de la ciudad, y los muchachos cuando truena el cañon, abandonan la escuela, y proveen de cartuchos ã los combatientes.

Un día en el 1844, una mujer, se presentaba al ministro de la guerra, con un jovencito de la mano—y le dice: «*hoy mi hijo cumple catorce años, —y yo os lo entrego, á fin de que sirva á*

la patria, como sus cuatro hermanos muertos por ella.»

Todos conocen en Montevideo esta madre Espartana, la señora Carrea, que perdiendo tres hijos en una misma batalla decía casi muerta por el dolor: «*¿Porqué no tengo otro hijo que ofrecer à la Patria ?.*»

Hemos citado entre mil casos, únicamente dos, por que si los hombres en aquellos tristísimos dias, dieron prueba de corage y de abnegación, las mugeres fueron sublimes por virtud y por sacrificios, — no hubo entre ellas, una sola, que en la hora del peligro disuadiese de tomar parte en la pelea, al padre, al marido, al hijo ó à el amante; — tanto mas que de todas partes de la ciudad se hacía sentir el estrépito del combate, en el que todas las familias, tenian cuando menos, un deudo; — entónces el extranjero que se encontraba en Montevideo, podía creerse en el asedio de Esparta; — toda muger, madre ó esposa, era una Lacedemonia, se les veía sobre las azoteas, fijos los ojos con ansia sobre el campo de batalla, pálidas, pero tranquilas y resignadas, seguir todas las peripecias, que, muchas veces eran fatales.

Terminado el encuentro, los enviados, de los sobrevivientes, recorrian la ciudad, distribuyendo á cada familia su parte de dolor, — y mu-

chas veces se aproximaba á un hogar, poco antes relativamente feliz, — una camilla sobre la cual, muerto ó moribundo, regresaba ensangrentado el sosten de él.

No hay casi ninguna familia en Montevideo, que en el largo asedio, no haya vestido de luto, — pero no hubo desventuras por grandes que fuesen, que hayan hecho disminuir el patriotismo de la muger. Aquellas que figuraban en primera línea, por fortuna ó posición social, lo fueron tambien por coraje y sacrificios.

Entre ellas, una digna del incienso real, pálida y vestida de negro, y que dirije el hospital de las *Señoras Orientales,* es Cipriana Herrera de Muñóz, es la esposa de Francisco Joaquin Muñóz uno de los fundadores de la nacionalidad oriental, — es la madre de Francisco Muñóz — teniente coronel muerto por la patria, —es la madre de José María Muñóz uno de los mas distinguidos coroneles del ejército, y la madre tambien de Andrés y Cárlos Muñóz, defensores de Montevideo.

Observadla y la vereis: en el hospital, curar á los heridos del batallón de su hijo, —entrar despues en la casa de la viuda y del huérfano para proporcionarle un instante á la madre perdida, — dirigirle al soldado palabras entusiastas para inflamar su coraje; al hombre de estado, inducirlo á grandes propósitos, y si en este afanarse en

obras de caridad y de sacrificios, el cañón truena, la madre no temblará por la vida del hijo, pero sí la ciudadana por la suerte de la patria.

Cuando una nación alberga en su seno tales mujeres, los hombres que combaten bajos sus ojos, resultan héroes.

Pero á las escenas de dolor y patriotismo que nosotros esponemos á la Europa, el gobierno francés responderá: ¡pero la Francia protege á Montevideo! Sí, á Montevideo agonizante la Francia recita la oración de difuntos. ¿La intervención de la Francia en el Plata, proporcionó mayor ayuda que aquellos inútiles socorros á los heridos de muerte?

Sobre el magnífico río que baña á un tiempo Buenos Aires y Montevideo, flamea la bandera de la Francia. Pero á la vista de ella (que la Italia, Nápoles, Milan y Venecia ha habituado á horrendos espectáculos), los prisioneros son degollados; los mismos franceses que comparten las amarguras de Montevideo, mutilados, torturados, lanzan en la última agonía un grito de maldición contra aquella bandera inhumana. En fin á la vista del pabellón francés, los enemigos de Montevideo con el insulto y el desprecio en los labios, consideran delito en las víctimas que inmolan, el haber creido en las promesas de la Francia.

El gobierno de Luis Felipe propuso cuatro

veces á Rosas la paz, y obtiene cuatro insultantes negativas, que la Francia entónces tragaba de acuerdo con la Inglaterra que sufría tranquilamente tal vergüenza, porque en sus miras políticas soñaba el decaimiento de la influencia francesa en la América del Sud.

En vano los defensores de Montevideo pedían á las dos potencias cortasen la cuestión definitivamente, porque no existiendo la paz ni la guerra, la ciudad ligada á esta ficticia intervención, veía poco á poco desaparecer los elementos de defensa, sin la esperanza de buscar solución en una batalla, ùltima, desesperada.

Para disimular un tal proceder el gobierno de Luis Felipe daba á conocer los tratados hechos con la Inglaterra;—pero ésta cesó en la intervencion por la revolucion del 1848, y la Francia republicana, hizo flamear su bandera sobre las aguas del Plata.

A tan grande novedad, adquirieron nuevo ánimo los defensores de Montevideo.

Y realmente ¿cómo suponer que la jóven República, no se mostrase al respecto, fuerte y leal?—¿Qué duda podían inspirar los hombres del nuevo gobierno, que desde el año de 1830 en la prensa y con las protestas, acusaban á Luis Felipe, de prostituir el honor de la Francia?

Montevideo, renacía á las esperanzas del por-

venir, cuando hácia el fin del año 1848 fué sorprendida por una grata nueva. El Almirante Le Prédour comandante de las fuerzas navales de la Francia en el Plata se había presentado al gobierno, declarando, haber recibido órdenes de trasladarse á Buenos Aires para proponer á Rosas la paz, agregando, que tal medida era un ultimatun de la voluntad de la Francia.

Despues de tal declaracion se esperaba por instantes el regreso del Almirante. Pero súpose al fin ¡despues de cuatro meses! que aquel pretendido ultimatun, había tomado aspecto de tratado diplomático. El gobierno de Montevideo, protestó altamente, pero no cesaron por eso las negociaciones con Rosas. En tanto se pusieron en práctica todos los medios imaginables, para conseguir que la poblacion francesa abandonase la asediada ciudad: se decía publicamente, que la Francia protegería á Montevideo, mientras se sembraba disimuladamente el desaliento en el pueblo, la desconfianza respecto de los ministros y la defeccion en el ejército.

Pero como siempre Montevideo no respondió á las esperanzas de sus enemigos. Y sin embargo la ciudad no había pasado hasta entónces por mayores peligros, pues la división se había introducido entre las filas de sus defensores.

Pacheco y Obes quería se protestase contra el

pliegue que las negociaciones habian tomado, y quería que apesar de la presencia del Almirante Le Prédour en Buenos Aires, se rompiese la guerra con todos los medios con que podía contar el país.

Herrera y Obes, Ministro de Relaciones Exteriores, creía oportuno esperar el resultado de los tratados y compartían la misma opinión el Presidente y los comerciantes de la ciudad.

Con el parecer de Pacheco y Obes, estaba el ejército y el pueblo.

El coronel Batlle que opinaba con el general Pacheco y Obes, dió su dimisión de Ministro de la Guerra; y fuerte era el temor de tristísimos hechos, cuando regresó á Montevideo el Almirante Le Prédour portador de los indicados tratados.

Estos, que sacrificaban á Montevideo y aseguraban el triunfo á Rosas, tuvieron el poder de reunir en la comun desventura á todos los defensores de Montevideo.

El Almirante intentó imponerlos á la ciudad, amenazándola con retirarle el apoyo de la Francia, si no se sometía á su voluntad; pero el gobierno respondía enérgica y dignamente, diciendo, que estaba resuelto antes de hacerlo, á hundir á la ciudad, en sus propias ruinas.

Por tal negativa, el tratado fué remitido á Francia, y el general Pacheco y Obes, fué encargado

de tutelar en París los intereses de la República Oriental y de obtener una resolucion cualquiera, definitiva en la cuestion del Plata. Llegado á Francia, el general habló fuerte, empleando severas palabras de soldado. El dijo á la Francia: «*Montevideo es el centro de vuestra prosperidad comercial en la América del Sud; si quereis velar por vuestros intereses, socorred á Montevideo; en caso contrario, abandonadla á su propio destino: porque es preferible morir pronto, que sufrir la cruel agonía á que desde hacen cinco años nos condena vuestra impotente intervención.*»

El general demostró tambien lo que tocaría á la Francia, cayendo Montevideo;—probó los delitos de Rosas, probó la incompatibilidad de éste con la civilización y con la vida futura de la América. Apesar de todo esto se iniciaron nuevamente negociaciones apoyadas por un grupo de soldados impotentes para sostener la dignidad de la Francia y que serán por su impotencia, testimonios dolorosamente impasibles de los nuevos abusos de Rosas.

Tal partido, lo repetimos, de la Francia republicana, que nada cede á la Francia monàrquica, debe herir el corazón de Montevideo, cuya débil voz no alcanza á una gran nación como la Francia, que en siete años ha sido impotente pa-

ra conseguir el fin de sus largos dolores. Tal vez llegarà el día, no muy lejano por cierto, en que la desesperación pondrá un término á esta heroica defensa, y Montevideo desaparecerá de la superficie de la tierra,—entónces de los écos de esta caida, que llegará hasta la Europa y hará latir de simpatía mas de un corazón, se dirá:

«No es nada, continuad vuestro buen sueño, es una ciudad que ha caido.»

Y se engañarán completamente; Montevideo no es solo una ciudad, es un símbolo; no es solo un pueblo,—es una esperanza;—es el símbolo del órden,—es la esperanza de la civilización. Caida Montevideo, último asilo de la humanidad en la América Meridional, un poder anti-social estenderá su sombra desde la cumbre de los Andes, hasta las riveras del Amazonas, destruyendo por mucho tiempo, sino eternamente la obra de Colón fecundada por cuatro siglos con la incubación europea. Los hombres que bajo Rosas diseminan en sus respectivos paises, la destrucción y dán vida á la barbarie, son el símbolo de aquellos indios, que empuñando la lanza, rechazaban de las orillas de América, á todos los que del viejo mundo les llevaban la luz del Oriente;—aquellos que desde dentro de los desmantelados muros de Montevideo, luchan contra Rosas, son al contrario los representantes de las ideas de hu-

manidad y civilización, que el viento europeo hace fructificar en el Nuevo Mundo.

Reducidos al estremo, los asediados de Montevideo, dirigieron la mirada hácia la Europa, fiando primero en las simpatías, y despues en que protegerian sus propios intereses, ellos pidieron á la civilización un apoyo para el triunfo de la misma—¿ Serán abandonados en brazos de la barbarie? ¿El último grito que mandan por mi intermedio, será inùtil y se perderá en el vacio?

¡Oh! demasiado inútil y perdido, como aquellos que nosotros lanzamos en pro de los italianos y de los Ungaros.

Suelen en el correr de los mas iluminados siglos, tener lugar el desarrollo, de algunas épocas extraordinarias, en que el egoismo individua lllega á comprimir, el arrojo general de un pueblo grande, y se suceden entonces los dias de desaliento y de inercia, que no dejan suponer que se han sucedido otros, de fiebre y de brio, que han dado vida à las revoluciones.

Esto sucede cuando en vez de las nobles pasiones hijas de todo gran desórden que tenga por causa y por fin el progreso, aparece gigante la reacción esta gran diosa del interés y del miedo que pone en fuga todos los ángeles más bellos del cielo, la fé, el sacrificio, la fraternidad.

Entónces lo escalan no se sabe cómo, y conservan el poder hombres que á los ojos de la mayoría que los ensalza, no tienen sino el prestigio de la mediocridad que en otros tiempos los convertiría en objetos de indiferencia y desprecio. Para estos eunucos políticos, de corta vista, pobres de espíritu, fríos de corazón, no hablan los nobles instintos puestos por Dios, en el pecho de los hombres; toda gran revolución; los sorprende, los aterra toda estrema medida; para esos inquietos y cobardes no hay mas que la calma del sepulcro. Muchos de los hombres fuertes que adquieren nuevo vigor en las batallas, y luces en la tempestad, se inspiran en la política de Luis XI y de Maquiavelo, ignorando los necios que el uno tenía un reino que ampliar, y el otro una nacionalidad que constituir. Mientras que para nosotros la nacionalidad está en las ideas, la soberanidad en el pueblo y mientras á nosotros Dios nos ha confiado la misión de erigir sobre nuevas bases, el edificio social.

Así aquellos hombres ciegos é impotentes, negaron la luz de Dios, y se unieron en cambio con la Inglaterra y con el Austria, nuestros mortales enemigos.

La Inglaterra, con quien tuvimos una guerra de cuatro siglos y que tentó inundarnos, como el mar que á pesar de sus avances, es contenido y rechazado.

La Inglaterra que nos recuerda eternamente los nombres de Crecy, Poitiers, Azincourt, Aboukir, Trafalgar, Waterloo, á los cuales, no podemos contraponer que los de Taillebourg y Fontenoy. La Inglaterra nuestra jurada enemiga, porque ella no es mas que el *hecho* y nosotros somos la *idea;* porque ella no es mas que *Cártago* y nosotros somos *Roma*.

La Inglaterra, verdugo de Juana de Arco y de Napoleón.

La Inglaterra en fin que mira con envidia á Argel y que donde flamea nuestra bandera civilizadora, se atraviesa siempre en el camino con cuestiones de comercio ó de industria.

La Inglaterra que se hace nuestra aliada, solo cuando los intereses del regente Felipe ó del rey Jorge, se encuentran sobre el mismo terreno, porque el uno era un usurpador y el otro meditaba una usurpación.

¡El Austria!

El Austria que mejor que la Rusia representa el absolutismo en Europa, porque es el absolutismo civilizado.

El Austria à quien nosotros, como á la Inglaterra hemos combatido por el espacio de cuatro siglos.

El Austria que la sucesiva política de nuestros reyes desde Francisco I hasta Luis XV tentaba

de desmembrar y cuya alianza nos costó por la primera vez la guerra de siete años, la segunda la cabeza de Luis XVI y despues la caida de Napoleón.

El Austria que fusila en Livornia y apalea en Milán.

El Austria que la providencia puso á nuestra disposición por la revolución de Alemania, de Hungría y de Italia; á cuya águila pudimos de un solo golpe tronchar las dos cabezas que miran al Sur y al Norte, y sobre cuyas heridas vertimos en vez, bálsamos á manos llenas, perdiendo así la popularidad y el honor de la Francia.

Es necesario pues concluir; cuando los hombres que gobiernan á un pueblo circunscriben su política desde la calle Saint-Dénis al canal de Saint Martin, mientras debía tener por confines los Andes y los Carpazú, cuando el egoismo ocupa el lugar del sacrificio, cuando en vez de desenvainar la espada de Pavía, de Ivry, de d'Arques, de Casale, de Nerwoinde, de Steinkerque, de Danain, de Fontenoy, de Brandywoine, de d'Arcole, de Rivoli, de Montenotte, de las Piramides, de Marengo y de Austerlitz por la causa de la libertad, esconden en vez la espada y la vaina, y detienen así el progreso de la humanidad, puede decirse, con razón que una causa providencial los arrastre, que ahora oculta á nuestras miradas, se nos haga visible algún día.

Y este día, será aquel de la venganza.

Paciencia pues italianos, húngaros, montevideanos; llegará el tiempo en que un pueblo republicano os dirá: « *hermanos, nosotros os traemos la libertad y el comercio, sois libres y ricos como nosotros y por esta libertad y por esta riqueza que os ofrecemos en dono, olvidad nuestra intervención en Nésib, nuestra presencia en Roma, nuestra ausencia de Montevideo.* »

A la espectación de Kossut, de Mazzini y de Suarez;—quien dedica estas pàginas á vuestra gloria,—única gracia que solicita, es un puesto de ciudadano en vuestras futuras repùblicas!

FIN

FÉ DE ERRATAS

Se han deslizado los siguientes errores, que salvamos en la presente fé de erratas, por la que pedimos disculpa á los lectores.

Páginas	*Donde dice*	*Debe decir*
9	mas aproxima	mas se aproxima
10	damos breves	damos unos breves
12	del gobierno español	del comercio español
12	tentaron introducir	tentaban introducir
14	otra de esterminio	obra de esterminio
14	comprendidos	comprendidas
16	Conservó su puerto,	Conservó su puesto,
17	causas de discusión,	causas de disención,
18	tiene instrutos	tiene instintos
19	frutos del oro,	frutos de oro,
20	estos ingenios	estos ingenuos
21	que recuerdo los	que recuerda los
21	que apuró á los	que opuso á los
22	que despuso de haber	que despues de haber
22	y se reliró al Paraguay	y se retiró al Paraguay
24	por todos un pueblo	por todo un pueblo
26	dominado obtenido	dominado. Obtenido
27	un artiente y puro	un ardiente y puro
32	á quien llamaba	á quienes llamaba
34	por medio	por un medio
34	quien siendo de	quien riendo de
36	primado de nombre	privado de nombre
42	la ultimé,	lo ultimó,
43	corazon nobles.	corazon noble.
45	atarse el cabello	atarse al cabello
46	aquellos del dictador	aquellas del dictador
48	la inmigración;	la emigración;
96	Y es verdad,	Y en verdad,